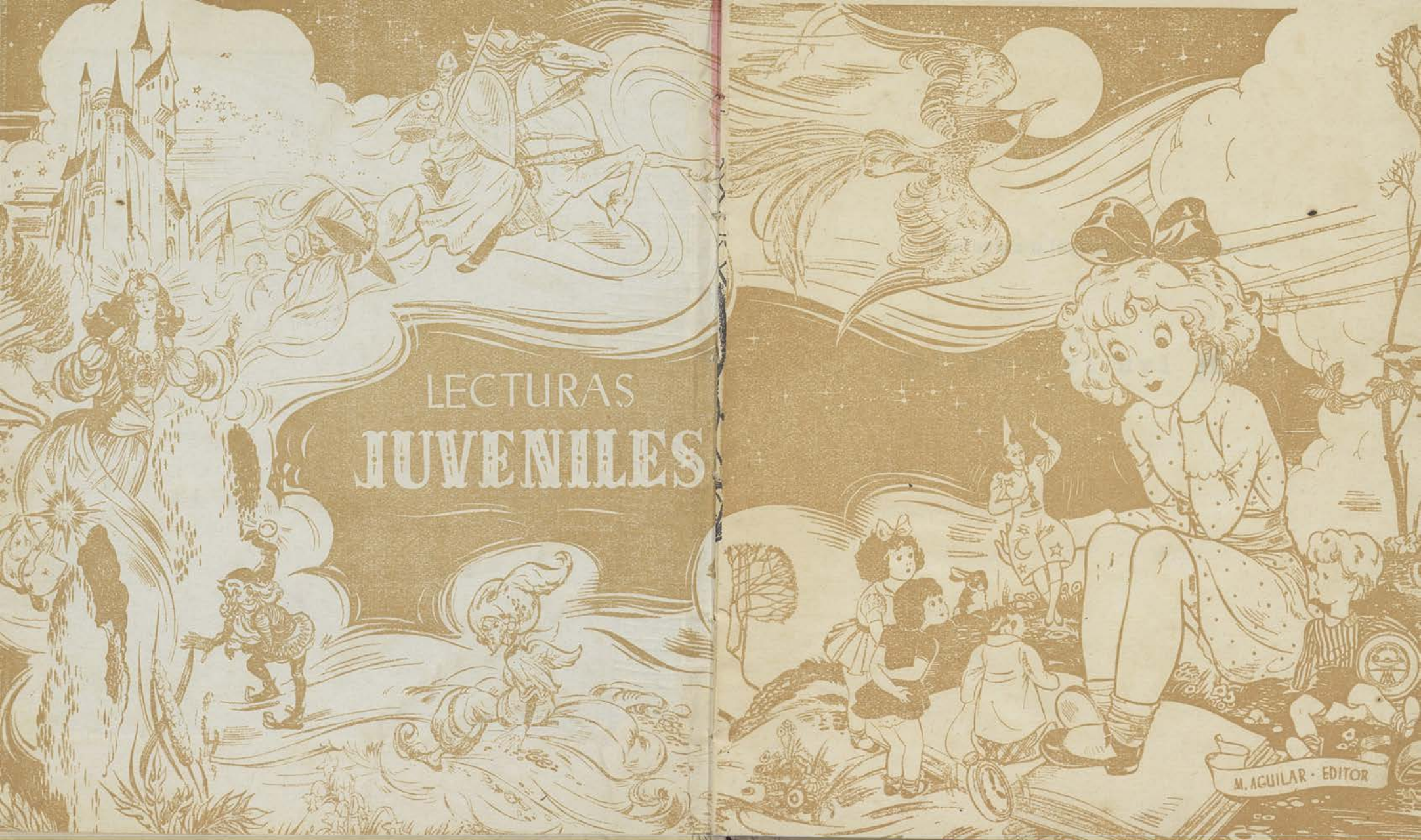
HISTORIAS Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

EL DONCEL DEL MAR

M. AGUILAR EDITOR


LECTURAS
JUVENILES
M. AGUILAR · EDITOR

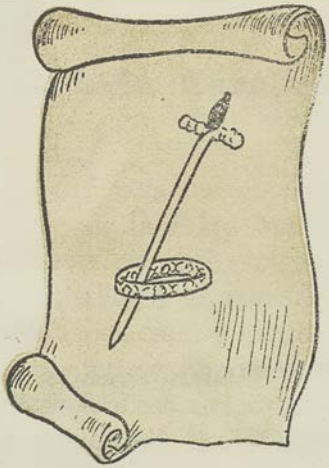
Historias y leyendas españolas

El Doncel del Mar

Historias y leyendas españolas

Concha de Salamanca

El Doncel del Mar



Ilustraciones de Araceli Casanjús

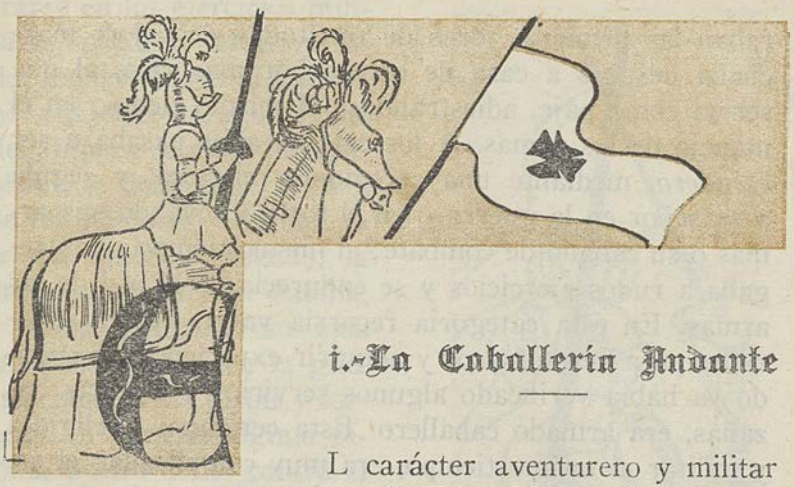
M. Aguilar. - Editor
Madrid

Reservados todos los derechos.
Hecho el depósito que marca la ley.

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Gráficas Halar.-Blasco de Garay, 28.-Madrid.

R.4682366



I.-La Caballería Andante

EL carácter aventurero y militar de la Edad Media dió origen a la institución de la *Caballería.* El espíritu gremial de la época hizo que los caballeros se considerasen también como formando una asociación sometida a determinados estatutos y leyes, que se imponían en nombre del *honor,* donde no alcanzaba el poder coercitivo. La intercomunicación producida por las Cruzadas, llevó a todas partes la regla francesa de la Caballería y se formó una especie de sociedad europea de todos los caballeros, los cuales hallaron en todos los países camaradas que reconocían sus derechos y, en caso necesario, los defendían.

La condición de caballero se consideró hereditaria; pero era preciso ir preparando al futuro caballero para el acto solemne de *ser armado caballero.* El niño destinado a ello debía ser de matrimonio legítimo; se educaba hasta los siete años con las mujeres, que le inspi-

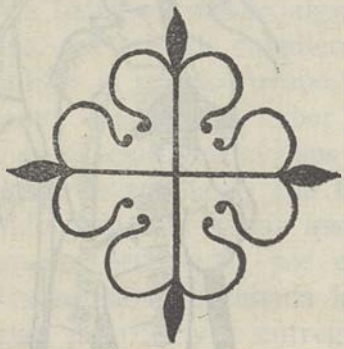
raban las primeras ideas de rectitud y de valor; marchaba después a casa de otro señor más rico, al que servía como paje, adiestrándose al mismo tiempo en el manejo de las armas. A los catorce años pasaba a ser *escudero,* mediante una ceremonia religiosa, y seguía a su señor en la guerra o en el torneo llevando sus armas o su caballo de combate; al mismo tiempo se entregaba a rudos ejercicios y se endurecía en el uso de las armas. En esta categoría recorría varias cortes señoriales para ver sus usos y adquirir experiencia, y cuando ya había verificado algunos servicios y algunas hazañas, era armado caballero. Esta ceremonia, religiosa y militar al mismo tiempo, era muy complicada: el aspirante, después de haber ayunado, se pasaba la noche en oración velando sus armas; al día siguiente, oía la misa de rodillas y con la espada al cuello, iba recibiendo cada una de las insignias de su profesión, previamente bendecidas por el sacerdote con las oraciones apropiadas. Acabada la misa, se le ponían las espuelas, el arnés y le entregaban la espada; a continuación recibía el *espaldarazo* o golpe plano con la espada en señal de la paciencia con que había de tolerar los trabajos y sufrir las injurias, y el beso de paz con que le recibían como hermano.

En el voto que debía prestar se hallaban expresados todos sus deberes: oír la Santa Misa, pelear por la fe católica, defender la Iglesia, amparar a las viudas, huérfanos y menores de edad en sus bienes, evitar las guerras injustas, acudir a las armas para libertar a los inocentes, no intervenir en los torneos sino con el fin de adies-

trarse en los ejercicios militares, obedecer al Emperador, no perjudicar al Estado, no enajenar ningún feudo del Imperio y vivir inculpablemente delante de Dios y de los hombres. Después se le entregaba el escudo, la lanza y el caballo de batalla, y podía comenzar su vida caballeresca, así en la guerra como en las justas y torneos. Si cometía alguna felonía u otro delito contra el honor se le degradaba con otra importante ceremonia, en la que se le consideraba muerto para el honor y la caballería. La degradación se hacía colocando al mal caballero en camisa sobre un cadalso y rompiendo ante él sus armas; sus espuelas eran

arrojadas a un estercolero, su escudo era atado a la cola de un caballo, que lo arrastraba por el polvo, y el heraldo le declaraba cobarde y traidor. Algunas veces le llevaban después a la iglesia como si fuera un cadáver y le decían el oficio de difuntos.

En época posterior, y por influencia de la galantería provenzal, se fué dando a las damas mayor intervención en los usos caballerescos. Aparte de la primera educación, cuando el aspirante llegaba a la edad varonil, solía escoger una dama a quien consagraba sus servicios y rendía una especie de culto, como el mostrado por Don Quijote hacia Dulcinea. Se dió también a las damas y doncellas intervención en las ceremonias con que se armaba al caballero, y en los siglos XI al XIV llegaron a formarse en Provenza las llamadas cortes o *tribunales de amor,* especie de aerópagos femeninos que se congregaban con gran aparato en determinados días, y donde las damas más distinguidas por su nacimiento, belleza y discreción deliberaban y fallaban sobre puntos de galantería y caballerosidad, y hasta llegaron a formar un código. Fueron célebres presidiendo tales cortes, Leonor de Aquitania, sucesivamente reina de Francia y de Inglaterra Sybila de Anjou, condesa de Flandes, y Laura de Sade, inmortalizada por la poesía de Petrarca.

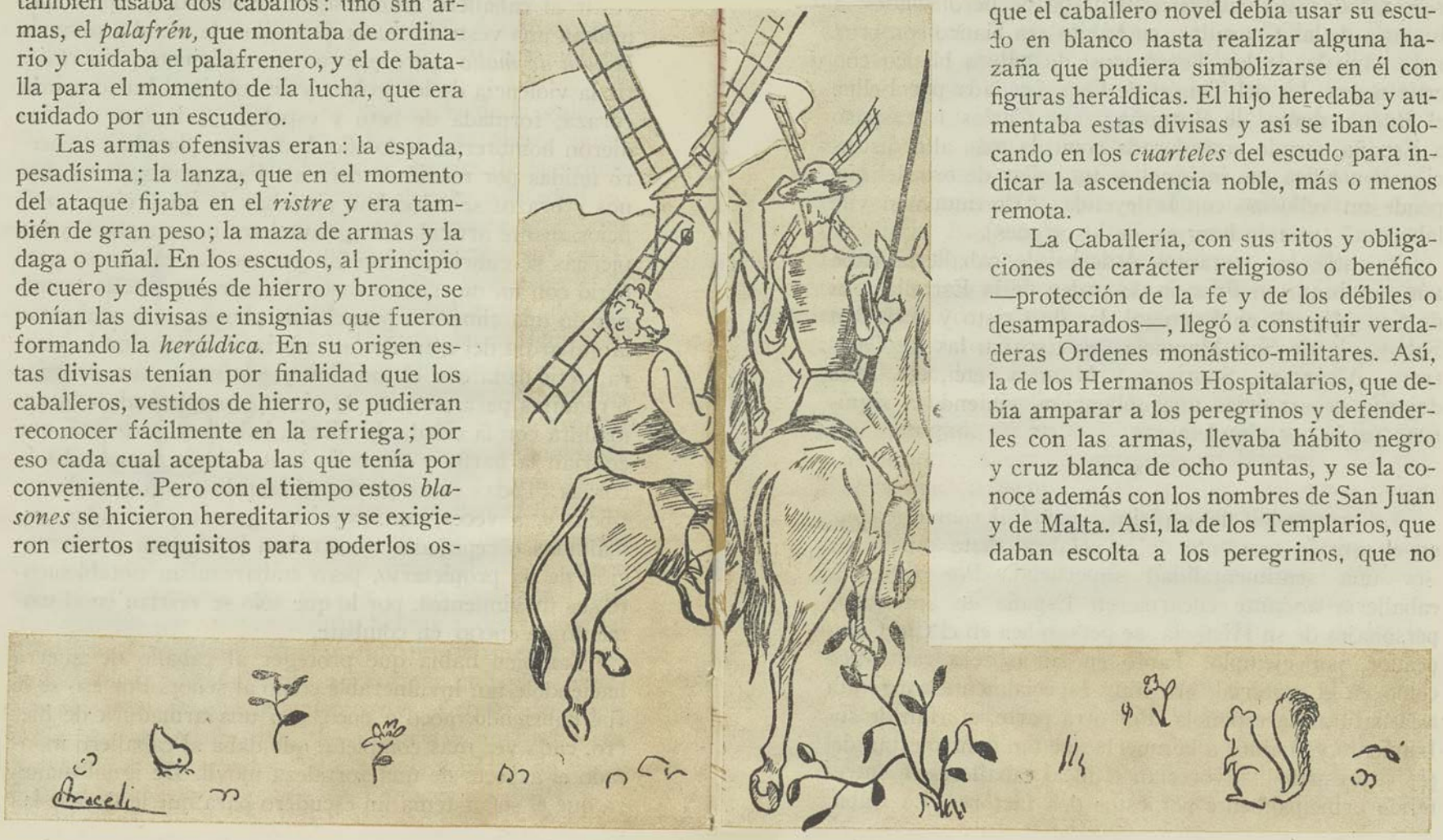


Las armas defensivas se fueron complicando hasta vestir al caballero enteramente de hierro. Al principio usaban una veste formada de anillos de metal y después la *cota de malla;* pero esto no era suficiente para resistir la violencia de los golpes y se cubrió el busto con la coraza, formada de peto y espaldar, a la que se añadieron hombreras, todo ello de fuertes planchas de acero unidas por medio de correas. Para proteger las manos y brazos se colocaban planchas de igual clase, artificiosamente articuladas (guanteletes o manoplas), y las piernas se cubrieron con las grevas. La cabeza se protegió con un morrión o casco de acero, que solía terminar en una cimera o penacho de plumas para aumentar la gallardía del armado; se cubría el rostro con la visera, articulada con el morrión y perforada con orificios o rendijas para permitir la visión, completándose la armadura con la celada de encaje, babera y gorguera, que cubrían la barba y el cuello hasta donde comenzaba la coraza. Todas estas piezas se labraban con grande artificio y, a veces, con exquisito gusto; pavonadas, esmaltadas o repujadas, mostraban la riqueza y ostentación de su propietario, pero embarazaban notablemente sus movimientos, por lo que sólo se vestían en el momento de entrar en combate.

También había que proteger al caballo de guerra haciéndole tan invulnerable como al señor. Por eso se le fué cubriendo, poco a poco, con una armadura de hierro, cada vez más completa, que daba al caballero montado el aspecto de una fortaleza móvil. De igual manera que el señor tenía un escudero para que le llevase las

armas hasta el momento de ponérselas, también usaba dos caballos: uno sin armas, el *palafrén,* que montaba de ordinario y cuidaba el palafrenero, y el de batalla para el momento de la lucha, que era cuidado por un escudero.

Las armas ofensivas eran: la espada, pesadísima; la lanza, que en el momento del ataque fijaba en el *ristre* y era también de gran peso; la maza de armas y la daga o puñal. En los escudos, al principio de cuero y después de hierro y bronce, se ponían las divisas e insignias que fueron formando la *heráldica.* En su origen estas divisas tenían por finalidad que los caballeros, vestidos de hierro, se pudieran reconocer fácilmente en la refriega; por eso cada cual aceptaba las que tenía por conveniente. Pero con el tiempo estos *blasones* se hicieron hereditarios y se exigieron ciertos requisitos para poderlos ostentar. De tal manera fué esto riguroso que el caballero novel debía usar su escudo en blanco hasta realizar alguna hazaña que pudiera simbolizarse en él con figuras heráldicas. El hijo heredaba y aumentaba estas divisas y así se iban colocando en los *cuarteles* del escudo para indicar la ascendencia noble, más o menos remota.



La Caballería, con sus ritos y obligaciones de carácter religioso o benéfico —protección de la fe y de los débiles o desamparados—, llegó a constituir verdaderas Ordenes monástico-militares. Así, la de los Hermanos Hospitalarios, que debía amparar a los peregrinos y defenderles con las armas, llevaba hábito negro y cruz blanca de ocho puntas, y se la conoce además con los nombres de San Juan y de Malta. Así, la de los Templarios, que daban escolta a los peregrinos, que no

podían rehusar el combate desigual ni pedir cuartel, ni rescatarse; estos caballeros llenaron de heroicidades la historia de las Cruzadas; su hábito era blanco con cruz roja. Así, la de los Teutónicos, de hábito blanco con cruz negra. La del Toisón de Oro, fundada por Felipe el Bueno, duque de Borgoña,y que Carlos I traspasó a España, siendo considerada como la más alta distinción honorífica; su insignia es un collar de oro del que pende un vellocino con la leyenda: "Pretium non vile laborum" (premio honroso de los afanes).

Y entre las restantes órdenes de caballería cabe aún nombrar: en Francia, la orden de la Estrella y la de San Miguel; en Portugal, las de Cristo y Avis; en Saboya, la de San Mauricio; en España, las de Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa, etc., etc. Mas dejaron de ser éstas una obligación, viniendo a significar un honor simplemente.

* * *

La propensión del espíritu español al romanticismo, en el sentido corriente de la palabra, dista mucho de ser una sentimentalidad superficial. Por esto, la caballería andante encarna en España en auténticos personajes de su Historia; se personifica en el Cid Campeador, por ejemplo. Tanto en su aspecto fantástico como en el material, era muy especialmente congénita a la naturaleza española. Por otra parte, el afán de sufrimiento y el amor a la muerte que tan dentro están del espíritu español, favorecían el ideal caballeresco, entretejido principalmente por estos dos factores. La Caba-

llería Andante era una aspiración gloriosa, dinámica y ascendente que se avenía muy bien con la factura del alma española. Y España vino a ser un suelo privilegiado de la Caballería. Los sentimientos caballerescos arraigaron en la Península como en ninguna otra parte, a lo que contribuyó en gran manera la lucha contra los árabes, las tareas de la Reconquista.

La Literatura —espejo de todas las manifestaciones y avatares de la vida— reflejó también en sí a la Caballería Andante y a todo su contenido espiritual. Dicha institución, al manifestarse en el arte, reveló todo un nuevo sistema poético. Los libros de Caballería, en España, despertaron un entusiasmo tan grande por aquellos relatos que fluctuaban entre lo fantástico y lo real, que llegó a convertirse en una especie de locura. Y todo esto se explica por la circunstancia de hallarse muy arraigado en los españoles el espíritu caballeresco y aventurero, sangre y carne de su Historia. Tal era la enagenación mental y del corazón que estos libros producían en las gentes, que el Gobierno tomó sus medidas, impidiendo que se imprimiesen, vendiesen y leyesen tales obras. Pero todo era inútil. Sólo Cervantes —como sabemos— contribuyó con la agudísima y profunda sátira de su *Quijote,* a la extirpación de los libros de Caballería.

¿Por qué tales obras apasionaban tanto al español de los Siglos de Oro? Porque la línea divisoria entre los relatos caballerescos y los históricos, era con frecuencia bastante insegura. ¿En dónde la ficción? ¿Hasta dónde lo real y la Historia? El hombre de aquella época

no delimitaba, y sólo sabía inclinarse ante aquel latido caballeresco que colmaba todo su ser y que trascendía desde la heroica Edad Media española. ¿Fantasía? Sí, pero también, valor, heroicidad, desprecio de la muerte, ayuda a los desgraciados... El hondo sentimiento de la justicia, tan patente a lo largo de los siglos en el alma española, hallaba su más cumplida satisfacción en estos libros, aunque cuajados estaban de simples ficciones, de fantásticas aventuras. La pasión justiciera, la pasión caballeresca e hidalga se vertía en el arte, en la obra literaria.

Solo que la viva imaginación española deformaría los moldes, desquiciaría hasta lo grotesco aquella literatura, alcanzando su irreparable decadencia y aun destrucción.

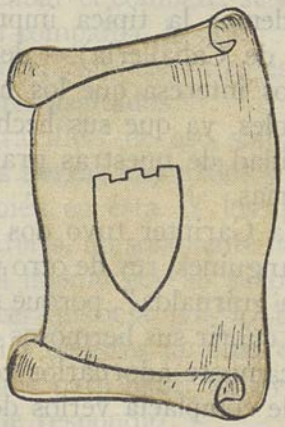
La maravillosa obra cervantina, dechado de humanidad por otra parte, sería el broche final de este ciclo literario. Pero en los años áureos de estos libros, brilló, por encima de todos, el *Amadís,* siendo código de honor y disciplina de muchas generaciones.

El Doncel del Mar fué catecismo viviente de la galantería, el proclamador de los antiguos ideales de generosidad, bizarría y abnegación. Este caballero es prototipo de pureza y de casta fidelidad, una superación casi mística del antiguo concepto del amor como un delirio de los sentidos y de las potencias espirituales del hombre.

El amor se eleva en él a un plano superior, se transfigura en una especie de sentimiento religioso, en un sentimiento de adoración mística al eterno femenino,

aunque no está reñido con la sed de posesión que despierta la belleza sensible. El amor se ennoblece y purifica en *Amadís,* llegando a extremos de idealismo sentimental y a un lirismo soñador.

Y este género caballeresco, creado como tantos otros por España, y en el que sobresale —como hemos dicho— el *Amadís,* se cuentan las aventuras de invencibles paladines prisioneros del amor, toda una familia de caballeros irreales, héroes de proezas maravillosas y de tiernos amores; Esplandián, Primaleón, Palmerín de Oliva, Palmerín de Inglaterra, Florisel, Belianís, Felixmarte, Clarisel... Mas Amadís "el muy fermoso", es la flor de la Caballería Andante, el espejo de los caballeros...



II.—Aquí comienza la historia. Eliseno y el rey Perión

CUENTA un viejo libro de 1508 que en un país sin tiempo ni comarca vivía un rey cristiano, devoto y justiciero, llamado Garinter. Mas nosotros pensamos que su reino era uno de aquellos —lo mismo que pudo haber sido Bretaña (no olvidemos la típica imprecisión topográfica de los libros de Caballería)— de la Edad Media Española, pues nos interesa que los héroes de nuestro relato sean españoles, ya que sus hechos se adaptan al espíritu y mentalidad de nuestras grandes figuras históricas y legendarias.

El tal monarca Garinter tuvo dos hijas. La mayor fué casada con Languines, rey de otro país, y fué llamada la "dueña de la guirnalda", porque su esposo y señor nunca le consintió cubrir sus hermosos cabellos con velos o tocas, sino únicamente adornarlos con una muy rica guirnalda, tanto le complacía verlos descubiertos y flotantes. De ella nacieron Agrajes y Mabilia, caballero y

doncella que muy mencionados serán en esta historia. La otra hija—Elisena—era mucho más hermosa que la primera. Muchos príncipes y reyes la habían pedido en casamiento, pero a ella nunca le plujo casarse con ninguno, cosa que no placía a las gentes.

El rey Garinter, por holgarse, algunas veces iba de caza por los montes y florestas de su reino. En una de estas ocasiones, apartándose de los caballeros y cazadores de su comitiva, se puso a caminar solo, quizá para meditar en los asuntos de su gobierno, quizá para rezar sus horas. Y andando en tal ensimismamiento, vió a su izquierda la brava batalla de un solo caballero con otros dos. Reconoció a estos dos últimos, pues eran vasallos suyos, y, por cierto, muy soberbios y nada gentiles y de los cuales muchos enojos había recibido. Pero no pudo conocer a quien con ellos se batía y que a la postre logró vencerlos y darles muerte. El desconocido caballero, después de acabar el combate, se aproximó al rey y, como le viese sin compañía, le dijo:

—Buen hombre, ¿qué tierra es ésta que así son los caballeros andantes asaltados?

—No os maravilléis de eso, caballero. Porque así como en las otras tierras hay malos y buenos caballeros, así los hay también en ésta. Y los que habéis vencido y a quienes os referís, no solamente han ofendido a muchos, sino que al mismo rey su señor, sin que pudiese sobre ellos ejercer justicia por lo bien emparentados que estaban con las mejores familias de la corte: de esto se han aprovechado para hacer agravios y ultrajes.

El caballero le respondió:

—Pues a ese rey que decís, vengo yo a buscar desde lejanas tierras. Y si sabéis donde puedo hallarlo, os ruego que me lo digáis.

El rey le contestó a su vez.

—Yo soy el rey que buscáis.

El caballero, después de quitarse el escudo, el yelmo y dado a su escudero las armas, fué a abrazarle, diciendo ser el rey Perión de Gaula, que mucho estaba deseando conocerle. Mucho se alegraron los dos reyes de conocerse. Y hablando de muchas cosas interesantes —del trato y gobierno de los súbditos, de la hacienda, de la Caballería Andante—, se encaminaron hacia los cazadores. Pero antes encontraron a un ciervo, tras el cual ambos reyes corrieron a todo correr con sus caballos, para darle muerte y llevarlo como trofeo de caza. Pero un león, saliendo de unas espesas matas, se les adelantó y dió muerte al fugitivo animal con sus afiladas garras. Luego, se dispuso a lanzarse sobre ambos reyes:

El rey Perión dijo a la fiera, con voz de desafío:

—¡No estaréis tan sañudo, que parte de la caza siquiera no nos dejéis!

Y tomando sus armas, descendió del caballo que no quería avanzar, espantado por la terrible presencia del león. El caballero le enterró su espada en el vientre y le hizo caer muerto.

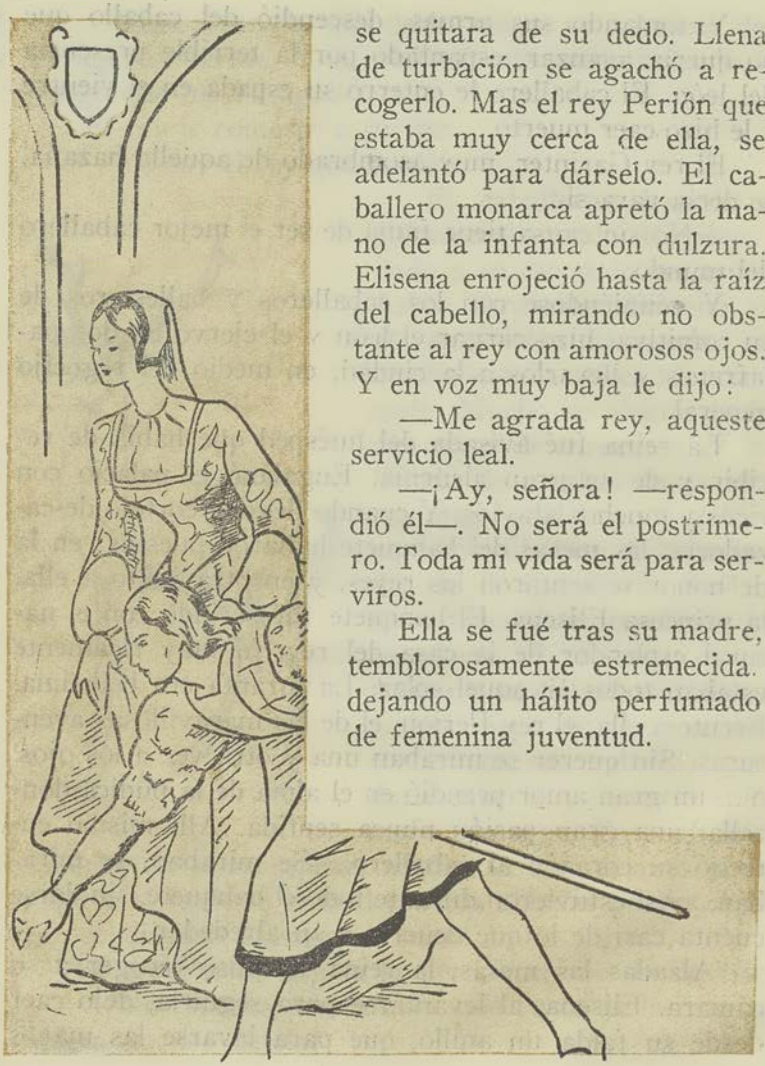
El rey Garinter, muy asombrado de aquella hazaña, se decía para sí:

—No sin causa tiene fama de ser el mejor caballero del mundo.

Y reuniéndose con los caballeros y ballesteros de su comitiva, hizo cargar el león y el ciervo en dos palafrenes y llevarlos a la ciudad, en medio del regocijo general.

La reina fué avisada del huésped que había de recibir y de su gran alcurnia. Engalanó el palacio con ricos y muchos atavíos. Y cuando llegó el cortejo de cazadores, las mesas del banquete hallaron puestas: en la de honor se sentaron los reyes, y en otra junto a ella, la princesa Elisena. El banquete fué servido con el natural esplendor de la casa del rey. Y muy ricamente estaban todos en aquel solaz. La infanta era bellísima. Frente a ella, el rey Perión, el de las maravillosas aventuras. Sin querer se miraban una y otra vez a los ojos. Y... un gran amor prendió en el alma de la púdica doncella, una gran pasión nunca sentida. Allí mismo entregó su corazón al caballero... Se miraban, se miraban... Así estuvieron durante todo el banquete, sin darse cuenta casi de lo que ocurría a su alrededor.

Alzadas las mesas, la reina se quiso recoger a su cámara. Elisena, al levantarse para seguirla, dejó caer desde su falda un anillo, que para lavarse las manos



se quitara de su dedo. Llena de turbación se agachó a recogerlo. Mas el rey Perión que estaba muy cerca de ella, se adelantó para dárselo. El caballero monarca apretó la mano de la infanta con dulzura. Elisena enrojeció hasta la raíz del cabello, mirando no obstante al rey con amorosos ojos. Y en voz muy baja le dijo:

—Me agrada rey, aqueste servicio leal.

—¡Ay, señora! —respondió él—. No será el postrimero. Toda mi vida será para serviros.

Ella se fué tras su madre, temblorosamente estremecida. dejando un hálito perfumado de femenina juventud.

Una doncella, que casi era su amiga íntima, fué su confidente. Elisena no pudo ocultar por más tiempo su pasión, esa especie de enfermedad que le iba naciendo y ganándola toda entera: alma y vida, cuerpo y pensamiento, sueño e imaginación. La infanta, con lágrimas en los ojos, le pidió consejo:

—¿Cómo podría saber, Darioleta, si el rey Perión ama a alguna otra mujer? ¿Aquel amoroso semblante que me ha mostrado es reflejo de lo que pasa en su corazón? ¿Es sólo ilusión mía?

La doncella se quedó espantada de la mudanza de Elisena, tan refractaria hasta entonces al amor. Y tuvo piedad de aquellas lágrimas. Le dijo:

—Señora, bien os veo sumida en gran pasión de amor tirano. Y no hay lugar en vuestro juicio para consejo ni razón por ponderados que éstos sean... Pero os serviré, señora, en lo que mandéis, con toda mi discreción y honestidad.

Entonces, dejándola entregada a su amoroso ensimismamiento casi deliquio, fué a la cámara donde el el rey Perión reposaba. Halló su escudero a la puerta con galas de caballero en las manos para vestir a su señor. La doncella dijo al mancebo:

—Podéis marcharos. Yo quedaré aquí para servir a vuestro señor.

El escudero, pensando que aquello se hacía para honrar al rey Perión, le entregó los vestidos y abandonó la antecámara.

La doncella entró en la real estancia, y halló acostado al rey. Perión la reconoció al instante, por haberla

visto acompañando a la bella infanta Elisena. Su corazón apresuró sus latidos, y, dominando su emoción y sorpresa, interrogó a la joven:

—¿Qué queréis, buena doncella?

—Daros de vestir.

—Eso habríais de hacer con mi corazón, despojado y desnudo de placer y alegría...

—¿Qué queréis significar? —preguntó a su vez Darioleta.

—Yo vine a esta tierra solamente temiendo las aventuras guerreras. Pero desde que entré en este palacio, llagado estoy por mortal herida... Y si vos buena doncella, me procuráis alguna medicina..., seréis por mí muy bien recompensada.

—Muy contenta me tendría en servir a tan alto hombre y buen caballero como vos sois, si supiera en qué.

—Si me prometéis —dijo el rey—, como leal doncella, no descubrirlo, os lo diré.

—Decidlo sin recelo.

El rey Perión, entonces, empezó a contarle lo que le acontecía:

—¡En mala hora yo miré la gran hermosura de Elisena, vuestra señora, pues atormentado estoy de cuita y de congoja y a punto de morir! ¡Sí, en la muerte quisiera hallar algún consuelo!

La doncella, que tampoco ignoraba lo que ocurría en el corazón de la infanta, llenóse de alegría. Y al rey Perión repuso de esta guisa:

—Señor, si me prometéis como rey guardar la verdad y como caballero, según vuestra fama, tomarla por mujer cuando fuere tiempo, yo participaré a ella esto que acabáis de decirme. Y satisfecho quedará vuestro corazón. Y no menos el de ella, cuitado también y herido ...

El rey tomó la espada y, poniendo su diestra en la cruz de la empuñadura, como solían hacer siempre los caballeros, dijo:

—Yo juro en esta cruz y espada que recibí de la Orden de Caballería, hacer eso que vos, doncella, me pedís y lo que vuestra señora Elisena me demande.

—Pues ahora holgáos, rey. Yo cumpliré lo que dije:

Y tornó al lado de su señora, contándole el juramento del rey y lo que con él concertara. Grande fué la alegría de la enamorada Elisena, aunque le costaba creer aquel milagro. Abrazando a su doncella, le dijo:

—Mi verdadera amiga, ¿cuándo veré yo la hora que en mis brazos tenga al que por mi señor me habéis dado?

—Siendo de noche entraremos por una puerta secreta, de la cual tengo yo la llave, en la cámara del rey. Cuando sea hora, yo os llamaré y vos tornaréis a vuestro aposento.

Elisena se quedó atónita. Y tanto lo estaba, que no podía articular palabra. Al fin, volviendo en sí, dijo a Darioleta:

—Amiga mía, en vos confío. ¿Mas cómo se hará lo que decís?

—No os preocupéis.

Dios aderezaba lo que yerro o aún pecado parecía.

* * *

Cundo todo estuvo sosegado y dormido en el palacio, Darioleta se levantó e hizo levantar a su vez a Elisena. La cubrió con un manto y ambas salieron a los jardines. La luna era llena y clara. Elisena resplandecía de hermosura también lunar. Pero temblaba, temblaba como de frío. Pálida, lunar, avanzando, como un fantasma casi. Así llegaron a la puerta de la cámara.

El rey Perión, vencido por el sueño, dormía y soñaba que alguien entraba en su cámara por una puerta falsa, que le metía las manos por los costados y que, sacándole el corazón, lo echaba a un río.

—Esto no es nada, porque otro corazón os queda que yo os voy a tomar... —decía el nocturno visitante.

El rey despertó sobresaltado y lleno de pavor. Y se santiguó devotamente.

En este momento cruzaba Elisena el umbral de la puerta secreta. Perión temió que su sueño fuese realidad... Al levantar y erguir la cabeza, vió abierta una puerta que él ignoraba. Con la luna que por ella entraba, vió el bulto de las doncellas. Y saltando de la

cama donde yacía, tomó su espada y escudo. Darioleta, en cuanto le vió así, le dijo:

—¿Qué es esto, señor?

El rey, reconociendo a Darioleta, distinguió entre las sombras a su muy amada Elisena. Y tirando al suelo espada y escudo, cubrióse con un manto que a los pies de la cama estaba y fué al encuentro de su dama. Se abrazaron como esposos.

Darioleta dijo al despedirse:

—Quedad señora, con este caballero, que, aunque vos como doncella hasta aquí de muchos os defendísteis y él a sí mismo de muchas otras se defendió, no bastan vuestras fuerzas para defenderos el uno del otro.

Darioleta tomó la espada que el rey había arrojado al suelo, en señal de jura y promesa de casamiento, y con ella salió a los jardines.

Solo quedó el rey con Elisena que, a la luz de tres hachas que en la cámara ardían, semejaba la más hermosa doncella del mundo. Perión la miraba, la miraba... Y la infanta, hija del rey Garinter, vino a ser dueña...

Había cantado el gallo. La claridad blanquecina del alba penetraba por los románicos ventanales. Las luces, no obstante, seguían parpadeando debilmente, después de arder toda la noche; se apagaban, consumidas.

En los sueños de Perión y de Elisena flotaba el recuerdo de aquellas horas, con un vago sabor de lágrimas y de sonrisas. Pero Darioleta, siendo hora, vino en busca de Elisena. La luz iba creciendo lenta en el cielo del alba.

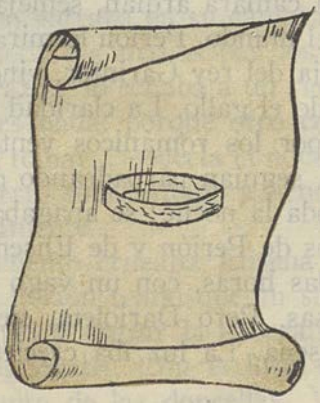
* * *

Y pasaron los días. En el momento de partir el rey Perión, las lágrimas de la princesa fueron muchas, muchas. Cuando el rey quiso ceñir su espada, no la halló. Pero no osó preguntar por ella, aunque mucho amaba su acero. Estando ya en el caballo, suplicó a Darioleta:

—Os encomiendo a Elisena como a mi propio corazón.

Y sacando de su dedo un hermoso anillo, de dos iguales que en él traía, se lo dió para su amada. Y se puso en camino. Elisena quedó en mucha soledad y con grande dolor en el alma, congoja y tristura, por la ausencia de su amado esposo. Se sentía más cerca de la muerte que de la vida. Aunque a veces se repetía interiormente las últimas palabras que el rey Perión le dijo:

—Aunque mi cuerpo se aparte de vuestra hermosura, mi corazón quedará junto al vuestro. Ambos sufriremos la misma pena.



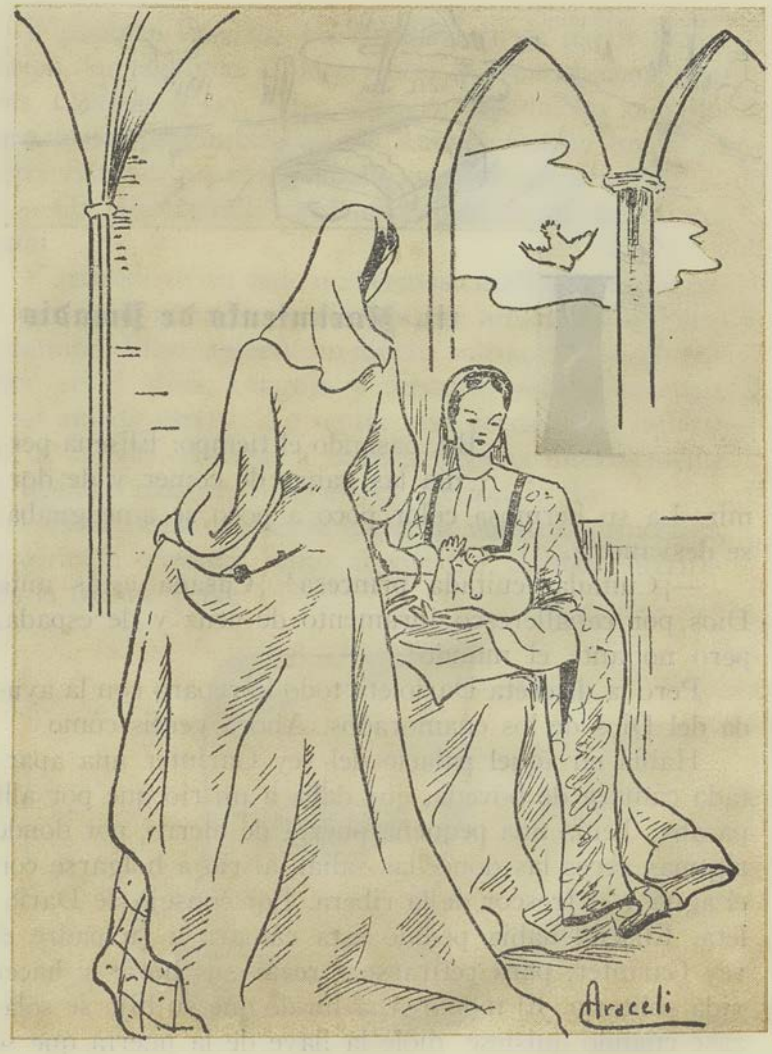
iii.-Nacimiento de Amadís

IBA pasando el tiempo. Elisena perdía las ganas de comer y de dormir. La su hermosa color poco a poco se amenguaba, se desvanecía.

—¡Cuitada, cuitada princesa! ¡Casada estás ante Dios por caballeresco juramento de cruz y de espada, pero no ante el mundo!

Pero la discreta Darioleta todo lo reparó con la ayuda del Dios de los enamorados. Ahora veréis cómo.

Había en aquel palacio del rey Garinter una apartada cámara de bóveda, que daba a un río que por allí pasaba. Tenía una pequeña puerta de hierro, por donde algunas veces las doncellas salían al río a holgarse con el agua y el frescor de la ribera. Por consejo de Darioleta, Elisena había pedido esta cámara a su padre el rey Garinter, para retirarse a rezar sus horas y hacer vida solitaria. El monarca, a fin de que su hija se solazase cuando quisiese, dióle la llave de la puerta que se


Araceli

abría sobre el río. Elisena quedó allí aposentada. Y quiso el Señor que diese a luz un hermoso niño, bajo la humedad de aquellos muros.

La joven madre decía:

—¡Cuán hermoso seríais si venturoso fuéseis!

Pero Darioleta, inmediatamente, quiso poner en práctica un plan que tenía muy meditado. Envolvió al niño en unos ricos paños y púsole a la vera de su madre. Trajo un arca que había construído ella misma de la siguiente guisa: con cuatro tablas grandes para que sirviendo de arca pudiese encerrar a una criatura, y tan larga como una espada; las rendijas estaban embetunadas para que nada entrase a través de ellas; y toda la caja estaba tan bien hecha que parecía obra de maestro.

Elisena, en cuanto vió los preparativos de Darioleta le preguntó:

—¿Qué queréis hacer?

—Poner al niño aquí y lanzarlo al río —respondió la servidora—. Y acaso, por ventura, se guarezca y se salve.

La madre sostuvo al niño entre sus brazos, mientras lloraba largamente. Decía:

—Mi hijo pequeño, ¡cuán grande es tu cuita y la mía!

Y le besaba y lloraba. Y lloraba y le besaba.

La sesuda Darioleta, por su parte, tomó tinta y pergamino, y escribió una carta que decía:

"Este es Amadís sin tiempo, hijo de rey."

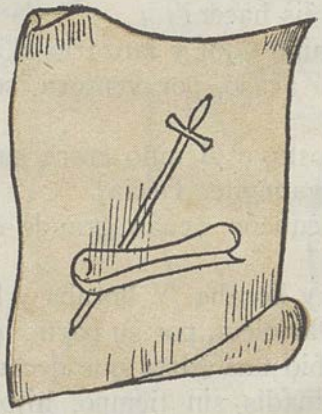
Y decía "sin tiempo", porque era recién nacido.

El nombre de Amadís era muy preciado, porque así

se llamaba un santo muy estimado en aquel reino, y a quien la doncella encomendó la criaturita.

Darioleta recubrió la carta con cera, y atóla con un cordón de seda al delicado cuello del infante. Y en el mismo cordón engarzó Elisena aquel anillo que Perión le diese al partir. Pusieron, luego, al niño dentro del arca y, junto a él, la espada del rey su padre. Cerraron después la caja, y dejáronla bien calafateada para que el agua no entrase en ella.

La doncella Darioleta la tomó en su brazos y, abriendo la puertecilla de hierro, la puso en el río, y dejóla ir..., camino del mar. Río abajo, río abajo...



iv.-En el mar

O más lejos de media legua estaba el mar. ¿Qué mar? ¿Qué océano? ¿El Mediterráneo? ¿El Atlántico? Todo es impreciso, vagoroso, en esta narración. Mas ¡cuán encantador! ¡Cuánta maravilla crece, a veces, de la niebla caprichosa y de la lejanía! Lo remoto, sin lugar y sin tiempo, es manantial de virgen poesía.

El alba iluminó lentamente aquel mar. La arqueta navegaba a la deriva. Era el navío en que dormía una criatura hija de rey. El pequeño Amadís era el tripulante único que ni siquiera podía ser piloto ni menos capitán, durmiendo el primer sueño de su reciente vida.

—¡A la deriva, Amadís, sobre el mar! ¡Náutico doncelillo caballero! ¡Niño casi náufrago, casi flor navegando!

¿Hacia qué costas?

¿La rosa de los vientos qué rumbo ordena? ¿El Este? ¿El Oeste? ¿El Norte? ¿El Sur?

¡Misterio! ¡Azar! ¡Acaso designio oculto!

¿Y cuándo el milagro?

Sólo falta un instante. Una décima de segundo. Nada. ¡Ya está aquí!

Las olas, entre tanto, mecían la caja con extrema dulzura, con mimo maternal, con cuidado de ayo o de aya, con terneza de padre...

¡Ya está aquí el milagro!

Una barca grande a la vista. Una barca que es casi un navío en el mar de Amadís. Una barca con un hombre, una mujer, un niño pequeñito y marineros, en el mismo rumbo de Amadís. ¿Hacia dónde?

—¡Ah! ¡Eso no se sabe!

El hombre era Gandales. El niño —su hijo—, Gandalín.

Siendo ya mañana clara vieron el arca, flotando sobre las olas. El caballero ordenó a cuatro marineros que la recogiesen. Se hizo lo ordenado. El caballero Gandales la acogió con sorpresa, pero destapó inmediatamente la cobertura. Y —¡oh, cielos!— en su interior halló al pequeño doncel. Con mucho cuido y ternura le tomó en sus brazos, exclamando:

—¿Quién eres tú, niño salvado de las aguas?

Y fijándose en los buenos paños que le cubrían, en el anillo y en la hermosa espada que le acompañaba, añadió:

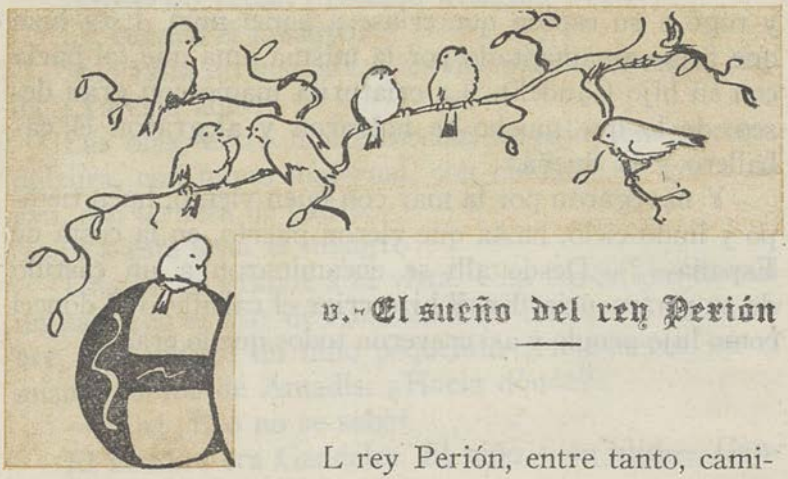
—Este niño procede de buena cuna.

Y maldijo también a la mujer que había desamparado cruelmente a aquella criaturita.

El caballero recogió y guardó la espada y las ropas,

y rogó a su esposa que criase a aquel niño. Esta hizo que fuese amamantado por la misma ama que tal hacía con su hijo Gandelín. La criaturita mamó con gran deseo, de lo que mucho se holgaron y alegraron el caballero y la dueña.

Y navegaron por la mar con buen viento, buen tiempo y lindo cielo, hasta que vieron puerto, en la costa de España (?). Desde allí se encaminaron a un castillo de su pertenencia. En él hizo criar el caballero al doncel como hijo propio y así creyeron todos que lo era.



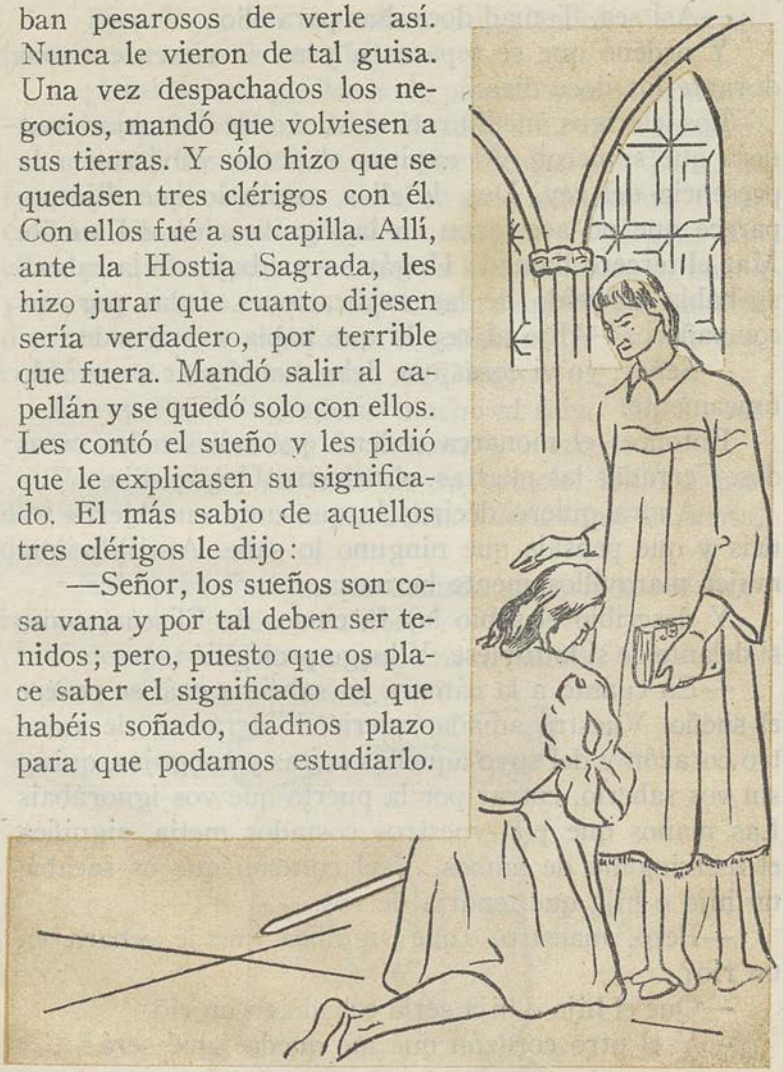
8.- El sueño del rey Perión

EL rey Perión, entre tanto, caminaba hacia su reino con triste semblante. En cuanto llegó a él, convocó a todos sus ricos hombres y ordenó a los obispos que trajesen consigo a los más sabios clérigos que en sus tierras había para que le adivinasen aquel sueño que había tenido en el palacio de su amada Elisena.

Sus vasallos, en cuanto supieron su llegada, mucho se alegraron de ello, pues amaban a su rey con grande amor. Muchas veces, ellos se sentían atormentados por las grandes afrentas de armas a que el monarca se exponía, temiendo perderlo en ellas para siempre. Por eso deseaban tenerle consigo. Mas casi nunca podían conseguirlo, pues su valeroso corazón no estaba contento sino cuando el cuerpo y la vida tenía en peligro. El rey les reunió y habló con ellos del estado del reino, pero siempre con triste semblante. Los súbditos esta-

ban pesarosos de verle así. Nunca le vieron de tal guisa. Una vez despachados los negocios, mandó que volviesen a sus tierras. Y sólo hizo que se quedasen tres clérigos con él. Con ellos fué a su capilla. Allí, ante la Hostia Sagrada, les hizo jurar que cuanto dijesen sería verdadero, por terrible que fuera. Mandó salir al capellán y se quedó solo con ellos. Les contó el sueño y les pidió que le explicasen su significado. El más sabio de aquellos tres clérigos le dijo:

—Señor, los sueños son cosa vana y por tal deben ser tenidos; pero, puesto que os place saber el significado del que habéis soñado, dadnos plazo para que podamos estudiarlo.



—Así sea. Tomad doce días para ello.

Y ordenó que se separasen y no se viesen entre sí durante los doce días.

Los clérigos meditaron el sueño de la mejor manera que supieron. Al expirar el plazo, volvieron a la presencia del rey. Dos de ellos, según lo que dijeron, parece que no acertaron en la significación del sueño. Mas el tercero llamado Ungán —que bajando la cabeza se había sonreído de las explicaciones dadas por sus compañeros —dijo al rey lo que había averiguado:

—Señor, yo vi cosas que debo manifestar a vos solo únicamente.

Entonces el monarca ordenó que saliesen los otros dos. Cerradas las puertas, el maestro Ungán dijo:

—Ahora quiero deciros lo que muy encubierto tenéis y que pensáis que ninguno lo sabe. Amáis a una mujer maravillosamente hermosa.

Y describió el sabio las facciones de Elisena, como si delante de sí la tuviese. Y luego prosiguió:

—En cuanto a la cámara ya sabéis a cuál se refiere el sueño. Vuestra amada, queriendo arrancar de vuestro corazón y del suyo aquellas cuitas y congojas, quiso, sin vos saberlo, entrar por la puerta que vos ignorábais Las manos que por vuestros costados metía, significa el matrimonio de ambos. Y el corazón que os sacaba, un hijo o hija que tendría de vos.

—Pero, maestro, ¿qué significa que le echara en un río?

—Que el hijo o hija sería echado en un río.

—Y el otro corazón que me queda ¿qué será?

—Bien lo podéis entender, deduciéndolo de lo anterior: que tendréis otro hijo.

—¡Dios quiera que ése no lo pierda como al primero! —exclamó el monarca. Mas el sabio Ungán respondió:

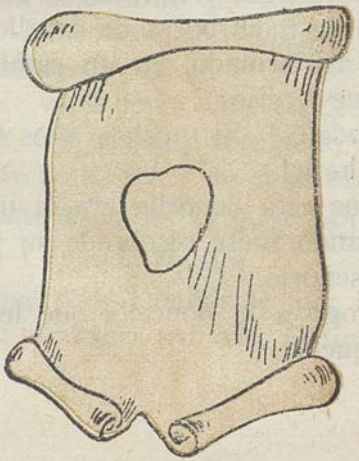
—Las cosas ordenadas y permitidas por Dios, no las puede nadie estorbar ni saber en qué pararán. Y por esto los hombres no se deben contristar ni alegrar con ellas, porque muchas veces así es lo malo como lo bueno y porque muchas veces las cosas suceden de manera distinta a lo que esperaban o soñaban. ¡Y tú, oh rey, confórmate con la voluntad de Dios!

El rey Perión agradeció mucho al sabio Ungán sus revelaciones. Le colmó de honores y mercedes.

Poco después, saliendo de su palacio, halló a una doncella, más adornada de bellos atavíos que hermosa, que le dijo:

—Sabe, rey Perión, que cuando tu pérdida recobrares, otro reino perderá su flor.

Y desapareció sin que pudiera detenerla.



VI.-El Doncel del Mar

EL caballero Gandales puso al niño salvado de las olas, el siguiente nombre bellísimo: Doncel del Mar. Y le criaba con la ayuda de su mujer, con gran cuidado y esmero.

El niño crecía, crecía, e íbase haciendo tan hermoso que todo el mundo se maravillaba.

Un día, el caballero Gandales, armado de todas sus armas, cabalgó animoso y con mucha gentileza, teniendo el propósito de ir en busca de caballerescas aventuras. Y yendo así armado, en un camino encontró a una doncella que le dijo:

—¡Ay, Gandales! ¡Si muchos altos hombres supiesen lo que yo ahora!

Y sabed que esta doncella era la que dijo al rey Perión que cuando fuese recobrada su pérdida, perdería su flor un señorío.

Gandales rogó a la doncella que le explicase qué quería decir aquéllo.

Mas ella respondió:

—No te lo diré.

Y marchó de aquel lugar a toda prisa. Gandales se quedó muy preocupado, pero, casi al instante, la vió tornar en su palafrén.

—Dígote—díjole la doncella—que aquél que hallaste en el mar, será la flor de los caballeros de su tiempo; hará estremecer las fortalezas; acrecentará su honra y hará cosas tales que nadie podrá igualarlas. Hará que los soberbios sean de buen talante, y lo que nadie lograra él lo conseguirá. Y más te digo: que éste será el caballero del mundo que más lealmente servirá al amor. Y amará de tal modo cual conviene a su alta progenie. Y sabe que por ambas partes es hijo de reyes. Ahora, vete, y cree firmemente que todo ocurrirá como te lo digo.

Pero Gandales, antes de partir, le suplicó:

—¡Decidme vuestro nombre, por lo que más queráis en el mundo!

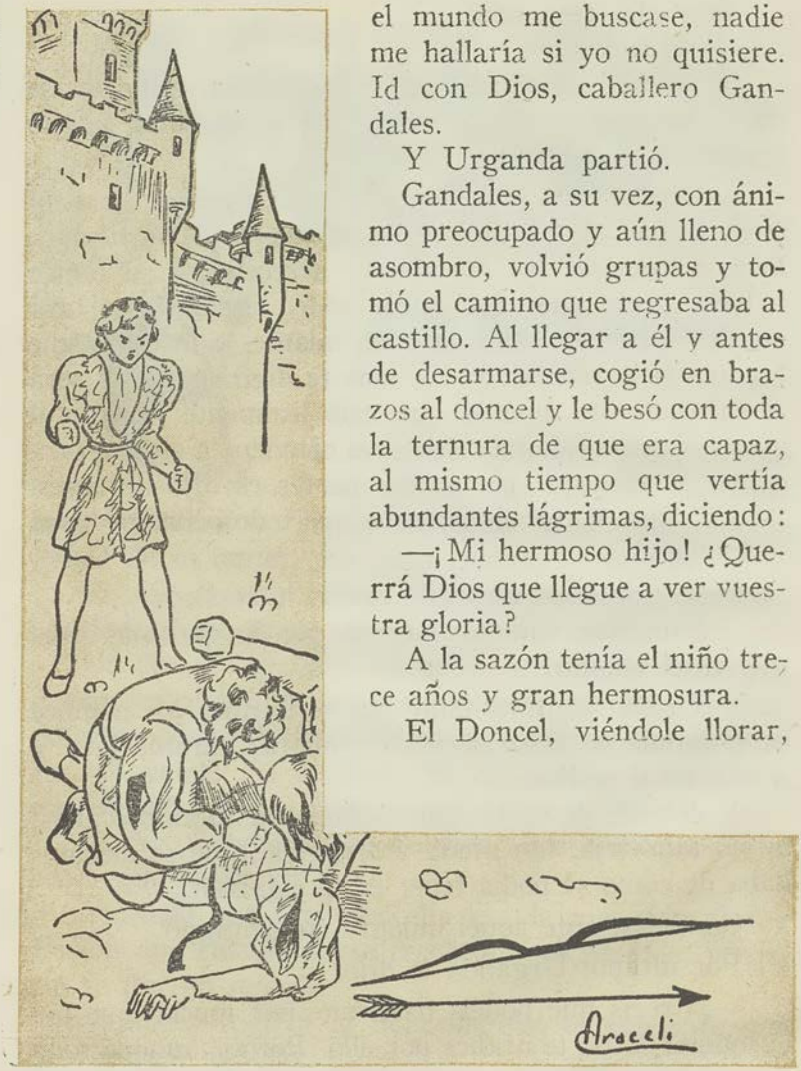
—Tú me conjuras tanto que te lo diré. Mi nombre es Urganda la Desconocida. Y ahora, mírame bien y conóceme si pudieres.

Y después de verla como doncella de dieciocho años, la vió tan vieja, tan ajada y arrugada, que se maravillaba de cómo se podía tener en el palafrén.

Gandales, ante aquel milagro, se santiguó.

Por último, Urganda le dijo:

—¿Creéis que podéis hallarme, por mucho que me busquéis? Y no te afanes por ello. Porque aunque todo



el mundo me buscase, nadie me hallaría si yo no quisiere. Id con Dios, caballero Gandales.

Y Urganda partió.

Gandales, a su vez, con ánimo preocupado y aún lleno de asombro, volvió grupas y tomó el camino que regresaba al castillo. Al llegar a él y antes de desarmarse, cogió en brazos al doncel y le besó con toda la ternura de que era capaz, al mismo tiempo que vertía abundantes lágrimas, diciendo:

—¡Mi hermoso hijo! ¿Querrá Dios que llegue a ver vuestra gloria?

A la sazón tenía el niño trece años y gran hermosura.

El Doncel, viéndole llorar,

quiso secarle los ojos con mimo. Gandales se fué consolando. Al fin dejó al niño en tierra y ya, con semblante alegre, fuese a desarmar. Mientras esto hacía, recordaba los cuidados que había prodigado al doncelillo. A los cinco años le había hecho un arco a su medida y otro también para su hijo Gandalín, haciendo que ambos se ejercitasen hasta los siete años. El caballero se sonreía de las pequeñas proezas que recordaba de ambos pequeños. Sonreía con el corazón alegre.

* * *

A la sazón, el rey Languines, recorriendo las villas de su reino, vino al castillo de Gandales, quien colmó de honores a los reales huéspedes y a su séquito. Pero no permitió que éstos viesen al Doncel del Mar y a su hijo Gandalín. Y así mandó a los niños a un corral juntamente con otros donceles y un ayo.

Mas la reina, que, en lo alto del castillo, reposaba mirando el paisaje de aquella comarca, vió a los donceles tirar al arco. El Doncel del Mar era entre ellos tan apuesto y tan hermoso, que mucho fué maravillada. Iba mejor vestido que todos, pareciendo el señor y el amo. La reina llamó a sus dueñas y doncellas, y les dijo:

—Venid y veréis la más hermosa criatura que nunca fué vista.

Y estando mirándole todas con verdadero asombro por su crecida hermosura, el Doncel, poniendo su arco y saetas en tierra, se fué a beber agua a un arroyo cer-

cano. Un doncel mayor que los otros tomó su arco y quiso tirar con él. Mas Gandalín no lo consintió. El otro, entonces, le dió un recio empujón. Gandalín exclamó:

—¡Socorredme, Doncel del Mar!

Este, dejando de beber, corrió hacia el doncel mayor que, inmediatamente, le devolvió su arco. El Doncel del Mar le dijo:

—En mala hora ofendiste y heriste a mi hermano.

Y le dió con el arco un gran golpe en la cabeza. Y trabáronse ambos donceles en lucha enconada.

Pero el doncel mayor, malparado, huyó.

Y huyendo encontró al ayo que los cuidaba, el cual, al verle tan descompuesto, le preguntó qué le ocurría.

—El Doncel del Mar me hirió.

El ayo fué a él con la correa para castigarle, y le dijo:

—¿Ya sois osado, Doncel del Mar, de herir a los mozos? Ahora veréis cómo os castigaré por ello.

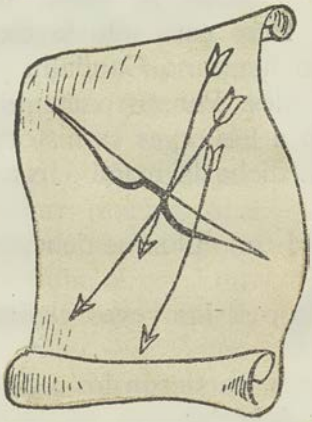
Pero el Doncel hincó los hinojos ante él, diciéndole:

—Señor, más quiero que vos me hiráis, que nadie tenga la osadía delante de mí de hacer daño a mi hermano.

Y acudieron lágrimas a sus ojos. El ayo se conmovió, mas le dijo:

—Si otra vez lo hacéis, yo os haré llorar de verdad.

La reina, desde la alta ventana, presenció toda la escena y quedó maravillada de aquel asombroso niño que se llamaba el Doncel del Mar.



VII.-El Doncel del Mar y Gandalines se van con el rey Tanguines

A reina, después que vió aquella escena, se quiso llevar consigo al Doncel del Mar. Pero éste sólo lo consintió, si venía también con él su hermano Gandalín y si lo consentía el caballero Gandales. Por su parte, el padre adoptivo del Doncel, contó a los reyes la historia del muchacho y cuanto le había dicho la maga Urganda. Por último les dijo:

—Ahora haced con él lo que debéis, pues es de gran linaje.

Mucho les plujo a los reyes el origen del mancebillo.

Al día siguiente, partieron los soberanos llevándose consigo a los dos donceles.

Y, en el palacio, la reina cuidaba del Doncel como si su propio hijo fuese, con gran honra y esmero. Pero no era en vano, pues su ingenio era tan grande y de tan noble condición su persona, que todo lo aprendía

sin esfuerzo. Amaba la caza: su arco nunca erraba el tiro.

Y la reina se holgaba de su presencia.

* * *

Perión, entre tanto, aún no había podido comprender el significado de las palabras de aquella doncella.

Mas, cierto día, una dueña llegó a su palacio con una carta de su amada Elisena. En ella le hacía saber que su padre, el rey Garinter, había muerto y que estaba desamparada y huérfana.

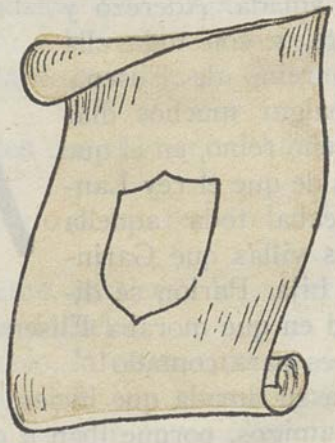
El rey Perión sintió mucho la muerte del rey Garinter, pero se alegró, sin embargo, de pensar que iba a ver a su amada. Aderezó y armó a su gente, y con toda ella partió hacia el reino de Elisena. Después de cabalgar muchos días llegaron al pequeño reino, en el que le dieron nuevas de que el rey Languines enseñoreaba toda aquella tierras, salvo las villas que Garinter dejara a su hija. Parión se dirigió a la ciudad en que moraba Elisena. ¡Y cuán bien recibido fué no es para contado!

El rey dijo a su amada que hiciera llamar a todos sus parientes y amigos, porque iban a casarse públicamente, con gran solemnidad. Elisena lo hizo así con gran

gozo de su ánimo, porque era su más caro deseo y su anhelo más íntimo.

Languines, sabiendo estas nuevas, reunió a sus tropas y se presentó en las bodas y fiestas celebradas. El agasajo y júbilo fué general. Acabados los regocijos, Perión con Elisena emprendieron la marcha para regresar a su reino. Y en Gaula—villa en la que se holgaron bastante tiempo—les nacieron un hijo y una hija: Galaor y Melicia. Mas siendo el niño crecidito, un gigante se le robó y le llevó al mar en su barca. Perión y Elisena quedaron nuevamente desolados y en gran dolor: ¡dos hijos les había llevado el mar!

Pero Galaor crecía en una isla, en manos de un ermitaño a quien fuera entregado por el gigante. Y aprendía a ser caballero de valor y esfuerzo...



viii.-Oriana

EL reino que fuera del rey Garinter no tenía soberano. Los súbditos, entonces, llamaron a Lisuarte para que les gobernase. Con una gran flota llegó este monarca a la tierra sin rey. Languines le recibió con grandes honores. Lisuarte traía consigo a su mujer—Brisena—y a una hija —Oriana—que era la más hermosa doncella de todo el universo. Y tanto lo era que "sin par" llegó a llamarse. Como la mar estaba muy agitada, Lisuarte dejó a su hija en el palacio del rey Languines, a quien encomendó que se la guardase mientras él proseguía el viaje.

—Yo la cuidaré como una madre —dijo la reina.

Y Lisuarte embarcó rumbo a la tierra sin rey.

El Doncel del Mar no tenía aún quince años, pero parecía haberlos ya pasado, por la altura y corpulencia de su cuerpo y por el vigor de sus miembros. Era muy gentil para con las damas. Por eso era el doncel predilecto de la reina, de las dueñas y doncellas. Cuando Oria-

na fué acogida por la soberana, ésta ordenó al Doncel que la sirviese muy rendidamente.

—Este Doncel os servirá—dijo la reina.

—Mucho me place—respondió la bella Oriana.

El Doncel clavó esta palabra en su memoria. Y ya nunca más la olvidó. Y así nació un amor que duraría tanto como dos vidas: tanto como él la amaba, ella le amaba a él, y de tal guisa que nunca dejaron de amarse ni una hora, ni un minuto, ni un segundo...

Mas como el Doncel del Mar ignoraba que ella le amaba, teníase por muy osado al haber puesto su pensamiento en tal beldad. Y se guardaba de decirle palabra alguna. Y ella, que desde el primer momento amábalo de corazón, se cuidaba de hablar con él más que con otro alguno.

Al cabo de algún tiempo, el Doncel del Mar comprendió que ya estaba en estado de tomar armas, si alguien le quisiera armar caballero. Y soñaba en grandes aventuras en las que sólo honra y fama ganaría para su señora Oriana, la doncella de su corazón y de sus pensamientos. Con este deseo acudió al rey y le pidió que le armase caballero.

—¿Cómo, Doncel del Mar? ¿Ya os esforzáis en mantener Caballería? Sabed que es cosa fácil de obtener, mas muy grave y difícil de mantener. ¡Y quien

el nombre de caballero andante ganar quisiere para su honra, tan grandes son las cosas que ha de hacer que muchas veces se le enojará el corazón! ¡Y si tal caballero, por miedo o cobardía, deja de hacer lo que debe, más le valdría la muerte que en vergüenza vivir!

—Ni por eso dejaré de ser caballero, —dijo el Doncel— que si en mi pensamiento no anhelase cumplir lo que habéis dicho, no se esforzaría mi corazón para serlo.

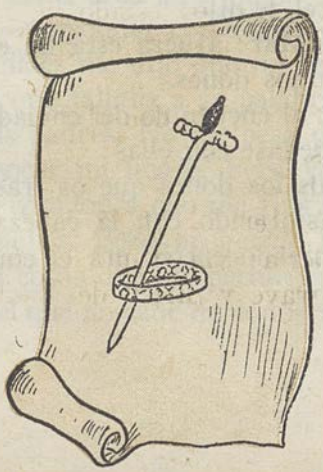
—Si tanto lo deseáis, ya os buscaré yo quien os arme dignamente. En tanto, preparad vuestras armas mejores.

—¿A quién me enviaréis?—no pudo menos que preguntar el Doncel.

—Al rey Perión, que es muy grande caballero y está casado con la hermana de la reina mi señora.

Y luego mandó que le aparejasen las cosas necesarias a la Orden de la Caballería, e hizo saber a Gandales cuanto aconteciera con el Doncel a su cuidado.

Gandales se alegró mucho y envióle por un emisario la espada y el anillo, además de la carta envuelta en cera, como lo hallara todo en el arca del mar.



IX.-La espada, el anillo y la carta

ESTANDO un día la hermosa Oriana con otras dueñas y doncellas en el palacio holgándose, en tanto que la reina dormía, estaba con ella el Doncel del Mar que casi no osaba mirarla. El joven se decía interiormente:

—¡Ay, Dios! ¿Por qué os plujo poner tanta beldad en esta doncella, y en mí tan gran cuita y dolor por causa suya, desde que mis ojos la miraron?

Pero, en esto, un paje entró en la estancia y, dirigiéndose al Doncel, le dijo:

—Doncel del Mar: afuera está un emisario que os quiere entregar unos dones.

El quiso salir al encuentro del enviado, pero Oriana le rogó que se quedase con ellas:

—Así veremos los dones que os trae.

El Doncel, asintiendo con la cabeza, se quedó en la cámara. El enviado entró: era el emisario de Gandales.

—Señor Doncel del Mar, mi señor Gandales os saluda y os envía esta espada, este anillo y esta cera.

El Doncel tomó los dones, se puso el anillo y guardó la cera en su regazo. Y comenzó a deselvolver la espada que venía liada con un paño de lino, maravillándose de que no trajese vaina. Oriana le pidió la cera, pues no creía que dentro de ella hubiese otra cosa, y le dijo:

—Esto quiero yo de tales dones.

A él le plugiese más que tomase el anillo, que era uno de los más hermosos hasta entonces conocidos. Y al estar mirando la espada, entró el rey que le preguntó:

—Doncel del Mar, ¿qué os parece esta espada?

—Paréceme muy hermosa. Mas ¿por qué está sin vaina?

—Hace quince años que no la tiene. Y tomándole por la mano, le condujo aparte, diciéndole:

—Queréis ser caballero, y no sabéis si de derecho os conviene. Y quiero que sepáis vuestra historia como yo la sé.

Y contóle cómo fuera hallado en la mar con aquella espada y anillo, en el arca albergado.

—Lo creo —respondió el Doncel—. Porque aquel enviado de Gandales me dijo que mi señor me enviaba ésta, y yo pensé que faltaba a su palabra no diciéndome quiénes eran mis padres. No me pesa cuanto me decís, sino por desconocer mi linaje. Pero yo me tengo por hidalgo, que mi corazón a ello me fuerza. Y ahora, señor, más que nunca, debo acogerme a la Caballería, para hacer tales cosas que me permitan ganar honra y prez. Como aquel que no sabe de dónde viene. Y como si

todos los de mi linaje hubiesen muerto, pues por tales les tengo...

Vino a interrumpirles un lacayo, el cual les anunció que el rey Perión de Gaula acababa de llegar al palacio.

Prestamente acudió el rey en busca del llegado. Este díjole que venía a pedirle ayuda guerrera, pues el vecino rey Abies le había declarado la guera y se disponía a invadir su reino con numerosas fuerzas. Languines, inmediatamente, le prometió la ayuda que pudiese.

Mucho miraba el Doncel del Mar al rey Perión. No por padre—que no lo sabía—, sino por la gran fama de su brazo. Más deseaba ser armado caballero de su mano que de ningún otro. Y creyendo que el ruego de la reina valdría mucho para ello, mas hallóla ocupada y no la quiso hablar. Encaminóse a la presencia de Oriana e, hincándose de hinojos, le dijo:

—Señora Oriana, ¿podría hablar por intermedio de vos a la reina?

La joven, viendo ante sí al que más amaba—sin que nadie lo supiese—y conteniendo los precipitados latidos de su corazón, díjole:

—¡Ay, Doncel del Mar! Esta es la primera cosa que me pedís. Yo la haré de buena voluntad.

—¡Ay, señora! Yo no soy tan osado ni digno de pedir cosa alguna a tal señora sin hacer lo que vos me mandáreis.

—¿Tan flaco es vuestro corazón que ni siquiera sirve para rogar?

—Vuestro soy desde el día que os plujo.

—¿Y cómo me plujo?

—Acordáos, señora, del día en que al partir vuestro padre, la reina, tomándome de la mano, os dijo: Os doy este Doncel para que os sirva. Y vos dijisteis que os placía. Desde entonces me tengo y me tendré por vuestro para bien ser-

viros, sin que tenga otro señorío sobre mí mientras viva.

—Me place que así sea—respondió ella.

El, quedándose mudo de alegría, no supo qué responder. Oriana, entonces, comprendió que él la amaba, y marchó al lado de la reina, la cual accedió a que el Doncel del Mar fuese nombrado caballero. El Doncel, entonces, le besó las manos y le dijo:

—El rey no ha querido hacerme caballero, pero por vuestra intercesión podré lograr ser armado caballero de manos del rey Perión.

—Yo haré lo que pueda.

Y logró lo que el Doncel quería.

Gandalín puso las armas en la capilla para la vela nocturna, mientras la reina cenaba. Cuando los manteles fueron alzados, el Doncel entró en la capilla y se armó de todas sus armas, desde la cabeza hasta los pies, y oró ante el altar, rogando a Dios que así en las armas como en aquellos mortales deseos que por su señora tenía, le diese victoria. Desde que la reina se fué a dormir, Oriana y Mabilia con algunas doncellas le fueron a acompañar. Y como Mabilia se enterase de que el rey Perión quería ponerse en camino, le mandó rogar que viniese. Oriana se acercó a él y le dijo:

—Hacedme caballero a este Doncel—. Y señaló al

Doncel del Mar que estaba de rodillas, orando ante el altar. Tan hermoso era el Doncel que el rey Perión se quedó maravillado. Llegándose a él, le dijo:

—¿Queréis recibir Orden de Caballería?

—¡Quiero! —respondió el Doncel con voz firme.

—¡En el nombre de Dios! Y El mande que os crezca la honra en ella.

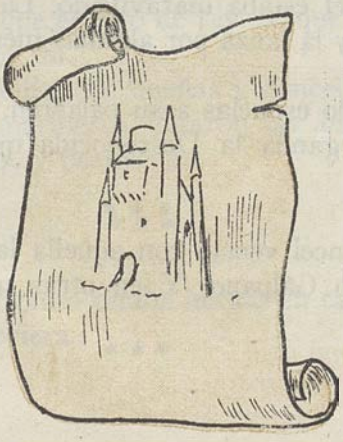
Y le calzó la espuela diestra. Y añadió:

—Ahora sois caballero. La espada podéis tomar.

Y el rey le entregó la espada. El Doncel se la ciñó muy apuestamente.

Mabilia y Oriana besaron las manos del rey que, encomendando el Doncel a Dios, se puso en marcha.

Y en este día comenzaron los amores del caballero Doncel con aquella infanta. Pero el Doncel del Mar partió del palacio, con Gandelín de escudero, dejando a Oriana con el corazón partido. Y empezaron las aventuras, rumbo a la guerra de Gaula.



1.-Urganda la Desconocida regala una lanza al Donc del Mar

EL Doncel y Gandalín vieron venir por el camino a una doncella en su palafrén que traía una lanza con una trenza enlazada al asta.

—Tomad esta lanza —dijo la doncella—, que antes del tercer día daréis con ella tres golpes que libraréis la casa de donde salisteis por vez primera.

El Doncel estaba maravillado. La doncella añadió.

—Os doy la lanza por algunas mercedes que de vos espero.

Y picando espuelas a su palafrén, partió al galope.

¡Era Urganda la Desconocida que mucho amaba al Doncel!

* * *

Y el Doncel venció con aquella lanza a los peones del caballero Galpano. Y en otras muchas aventuras salió airoso.

* * *

Por entonces, el rey Lisuarte envió tres naves para recoger a su hija Oriana, con cien caballeros de los mejores. Y rogaba al monarca Languines que le enviase con Oriana a Mabilia, su hija, a quien honrarían a placer.

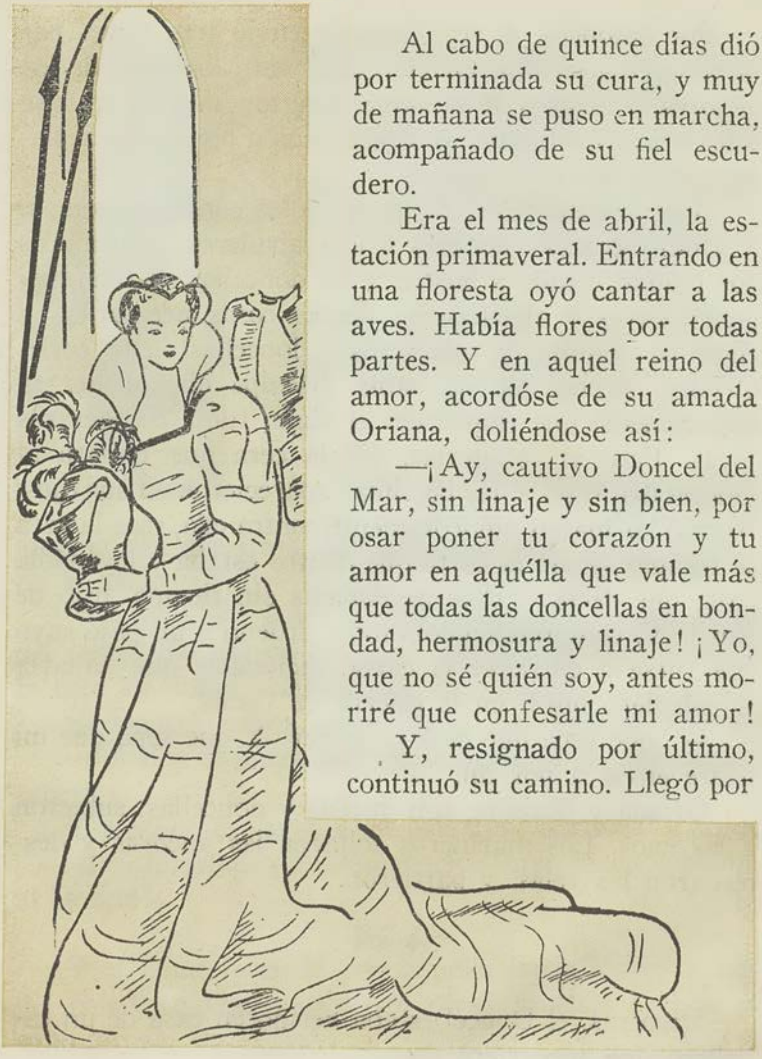
Alegróse mucho el rey y ataviólas con gran pompa. Y rindió grandes honores a los caballeros extranjeros que habían venido a buscar a las doncellas. E hizo disponer naves y abastecerlas de las cosas necesarias, y eligió un séquito de caballeros y doncellas de su corte. Oriana, viendo que no había disculpa que oponer ni otro remedio que emprender el viaje, fué a recoger sus joyas. Pero al recogerlas, vió la cera que tomara al Doncel del Mar. Y las lágrimas aparecieron en sus ojos. Apretó las manos amorosamente contra ella, mas la cera se rompió: y vió la carta que dentro estaba y leyéndola halló que decía: "Este es Amadís sin tiempo, hijo de Rey." Y, comprendiéndolo todo, ordenó a un paje suyo que fuese a entregar la carta, diciéndole que hallaría al caballero novel en la guerra de Gaula:

—...que sepa que es hijo de rey. Y que sepa que mi padre envía a por mí.

Oriana y Mabilia, con dueñas y doncellas, subieron a las naos. Los marineros soltaron las áncoras y desplegaron las velas, y partieron.

* * *

Mientras, el Doncel estaba herido en casa de un caballero que socorriera..



Al cabo de quince días dió por terminada su cura, y muy de mañana se puso en marcha, acompañado de su fiel escudero.

Era el mes de abril, la estación primaveral. Entrando en una floresta oyó cantar a las aves. Había flores por todas partes. Y en aquel reino del amor, acordóse de su amada Oriana, doliéndose así:

—¡Ay, cautivo Doncel del Mar, sin linaje y sin bien, por osar poner tu corazón y tu amor en aquélla que vale más que todas las doncellas en bondad, hermosura y linaje! ¡Yo, que no sé quién soy, antes moriré que confesarle mi amor!

Y, resignado por último, continuó su camino. Llegó por

fin al campamento del rey Perión, después de correr diversas aventuras de las que salió vencedor. Se abrazaron todos con cariño. El rey Perión y la reina Elisena se alegraron mucho de tener consigo al Doncel del Mar. Amadís se inclinó ante la reina y le dijo:

—Podéis mandarme, señora, pues criado soy de vuestra hermana y vengo a serviros a vos.

La reina se lo agradeció con mucho amor. Y viendo cuán hermoso era el Doncel, se acordó de sus dos hijos... Y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¡Y lloraba por el que ante ella estaba, sin saber quién era!

—Señora, no lloréis, porque presto hallaréis de nuevo vuestra alegría —dijo el Doncel para consolarla.

* * *

El caballero Doncel combatió con el rey Abies, en aquella guerra que éste tenía contra el rey Perión. Cuando se concertó la batalla, el joven Amadís no estaba curado de sus heridas. Pero, no obstante ¡qué hermosura de caballero! La reina Elisena no consentía que nadie le desarmase. Con cuidadosas manos lo hacía ella misma, y le cubría con un manto. El cuerpo de Amadís estaba todo llagado. El rey, al verle en aquel estado, dijo:

—¿Por qué no retardáis la fecha de la batalla?

—No ha menester —respondió el heroico Doncel.

Y le curaron.

El día del combate, el rey Perión le llevaba el yelmo, Agrajes el escudo, Gandelín la lanza. En el escudo llevaba, en campo de oro, dos leones en azul, uno contra otro, como queriéndose morder. Montaba un caballo blanco.

El rey Abies iba en un caballo negro todo armado. Entraron en el palenque. La lucha fué descomunal, pero el triunfo fué a la postre del Doncel Amadís. Y le sacaron en gloria.

* * *

Y ese mismo día glorioso recibió al paje enviado por Oriana con la carta que antes cubría la cera. Cuando se le nombró a Oriana, se estremeció y se le cayó la carta de las manos; parecía que había perdido la razón.

—Señor ¿en dónde estáis? ¿Así caso hacéis de la que os ama tanto? —le dijo el paje.

Y volvió, entonces, en sí.

—Que sois hijo de rey, me dijo. Esta carta lo dice. Y con ella os encontraron cuando os sacaron del mar.

Y leyendo la carta, el Doncel conoció que su verdadero nombre era Amadís.

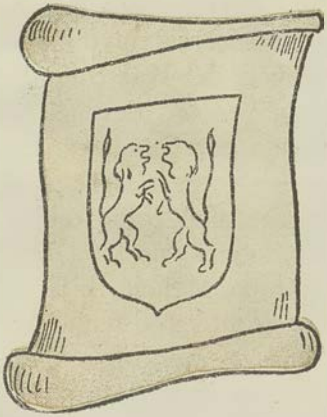
* * *

En el palacio reinaba gran alegría por el triunfo del Doncel.

Fué desarmado, como siempre, por manos de la reina Elisena.

Y vinieron maestros que le curaron las heridas.

Y se holgó en compañía de las dueñas que le cuidaban.



XI.—El Doncel es reconocido como hijo por el rey Perión

AL principio se contó como el rey Perión dió a la reina Elisena un anillo de dos iguales que tenía en su mano; y cómo éste fué llevado por el Doncel del Mar colgado de su cuello dentro de la arqueta, y cómo después le fué dado juntamente con la espada por Gandales. El rey Perión había preguntado algunas veces a la reina por el anillo. Ella, avergonzada, se disculpó como mejor pudo.

Un día, pasando el Doncel del Mar por una sala del palacio, vió a la niña Melicia, hija del rey, que estaba llorando; él la pregunto qué tenía. La niña le dijo que se le había perdido un anillo que el rey le había dado a guardar en tanto que él dormía.

—Yo os daré otro tan bueno como aquél —le dijo Amadís.

Entonces sacó de su dedo un anillo y dióselo.

—Este es el que perdí —dijo la niña.

—No es.

—Pues se parece tanto, que se asegura que es el mismo.

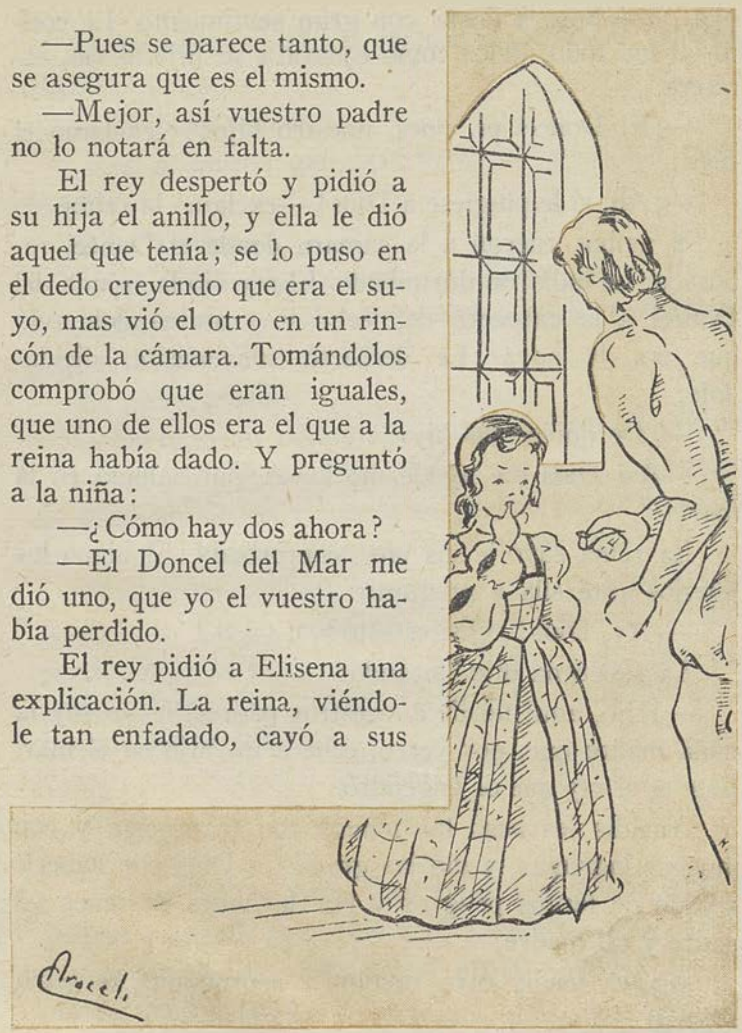
—Mejor, así vuestro padre no lo notará en falta.

El rey despertó y pidió a su hija el anillo, y ella le dió aquel que tenía; se lo puso en el dedo creyendo que era el suyo, mas vió el otro en un rincón de la cámara. Tomándolos comprobó que eran iguales, que uno de ellos era el que a la reina había dado. Y preguntó a la niña:

—¿Cómo hay dos ahora?

—El Doncel del Mar me dió uno, que yo el vuestro había perdido.

El rey pidió a Elisena una explicación. La reina, viéndole tan enfadado, cayó a sus



pies, y se puso a llorar con gran sentimiento. Le contó, al fin, todo, todo; cómo echara a su hijo al río, etcétera.

—¡El Doncel es, pues, nuestro hijo! —exclamó el rey.

—¡Ah, si le plugiese a Dios! —exclamó la reina.

Y ambos fueron a la cámara donde el Doncel reposaba. Le hallaron durmiendo. El rey vió la espada del Doncel a la cabecera del lecho y, examinándola, vió que era la suya. Le despertó suavemente, diciéndole:

—¿De quién sois hijo?

—Así Dios me ayude, no lo sé. Fuí hallado en la mar...

La reina cayó a sus pies, conturbada. El hincó los hinojos ante ella y preguntó:

—¡Ay, Dios! ¿Qué es esto?

La soberana dijo llorando:

—Hijo, aquí tenéis a vuestros padres. Y yo soy la mala madre que, por yerro, eché a mi hijo en el mar. Este es el rey que os engendró.

Amadís les besó las manos con transporte y con muchas lágrimas, y dió las gracias a Dios por haberle sacado de tantos peligros y por la honra de tener tal padre y tal madre.

—¿No tenéis otro nombre? —preguntó la reina Elisena.

El Doncel le enseñó la carta que Oriana le enviara, mientras decía:

—Me llamo Amadís.

¡Era la misma que Darioleta por su mano escribiera!

Dijo la reina:

—Mi amado hijo: cuando esta carta fué escrita, estaba yo en cuita y dolor, mas ahora estoy en holganza y alegría. ¡Bendito sea Dios!

El padre añadió:

—De aquí en adelante, llamaos Amadís de Gaula.

Y así fué llamado. Y el júbilo del reino fué inmenso. Grandes fiestas y juegos se celebraron en honor del heredero. ¡Honra y descanso para el rey Perión!

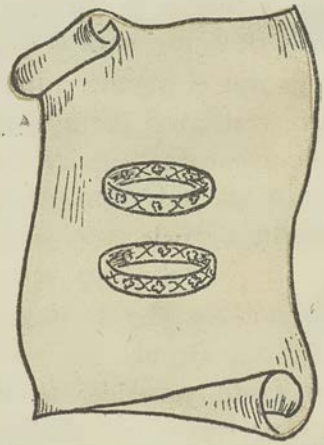
Y supo Amadís que el gigante raptara a su hermano Galaor. Luego, consiguió permiso de sus padres y partió en busca de aventuras y quizá con el oculto propósito de llegarse a ver a Oriana, en compañía de su inseparable Gandalín.

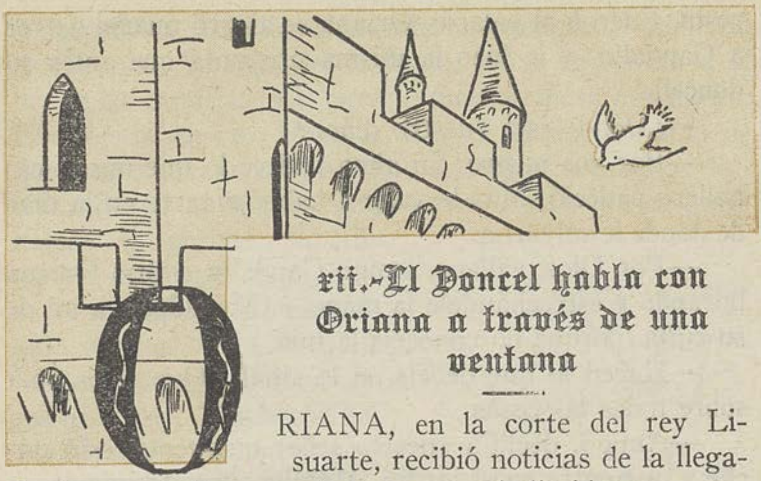
* * *

Galaor, entre tanto, aprendió a cabalgar y a esgrimir y cuanto concernía a un caballero, bajo la enseñanza del gigante. Este le hizo armar caballero por mano del rey Lisuarte.

¡Ya tenemos a los dos hermanos dentro de la Or-

den gloriosa de la Caballería! ¡Ya les tenemos por los caminos, deshaciendo entuertos, libertando doncellas, protegiendo a los inocentes y desvalidos, combatiendo a los malos...! ¡Amadís y Galaor, los mejores caballeros andantes que nunca se vieron por el mundo!





xii.—El Doncel habla con Oriana a través de una ventana

ORIANA, en la corte del rey Lisuarte, recibió noticias de la llegada de un caballero montado en un caballo blanco.

—Debe ser Amadís, pues ya es tiempo de que venga. ¿Qué armas traía? —preguntó a su doncella.

—El escudo estaba despintado de los golpes de lanza, mas me pareció que tenía campo de oro.

—Debe ser él. Salid en su busca.

Amadís, por su parte, estaba oculto en una floresta. Rogó a Gandalín que se pusiese en comunicación con la doncella de Oriana, muy escondidamente.

—Dile que estoy aquí y que me envíe a decir qué haré.

Gandalín, por ir más cubierto, fué a pie. La doncella, apenas le vió, le dijo:

—Seais bienvenido. Mas ¿en dónde está vuestro señor?

Gandalín le dijo que estaba escondido en aquella flo-

resta. Fueron al palacio. Oriana se alegró mucho de ver a Gandalín, y le hizo la misma pregunta que antes su doncella.

—¿Dónde está vuestro señor?

—Por vos muere. Su alma padece lo que nunca caballero padeció. Más le valiera haber muerto en la mar de donde le salvaron.

—Por Dios, callaos, amigo Gandalín —dijo Oriana llorando y estrechándole la mano—. Me culpáis a mí de su cuita, porque no conocéis la mía.

—Haced lo que debéis, si le amáis. Que él os ama sobre todas las cosas.

—Amigo, decid a vuestro señor que venga esta noche y que entre en el jardín. Mabilia y yo dormimos en una cámara que tiene una pequeña ventana con reja de hierro. Por ahí le hablaremos, que ya sabe Mabilia mi cuita de amor.

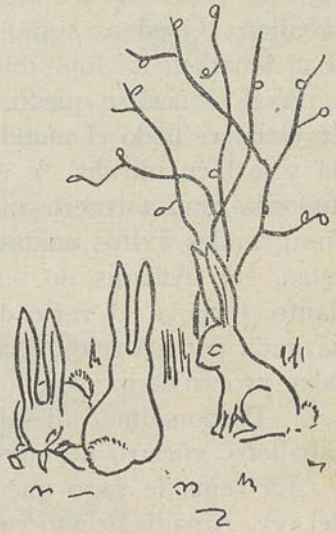
Y quitándose un anillo muy hermoso, se lo dió a Gandalín para que lo llevase a su amado.

Amadís aguardaba a Gandalín con vivísima impaciencia y como esperando de él la vida o la muerte. El escudero, al llegar a su presencia, le contó cuanto con su señora pasara. El Doncel se estremeció de alegría. Y mucho más cuando Gandalín le dió el anillo. Amadís lo tomó y sus ojos se velaron con lágrimas de emoción y, besándolo, se lo puso en el dedo del corazón.

—¡Ay, anillo que estuviste en su mano!

Por la noche, aparejaron las armas y los caballos. Y cabalgaron hacia el palacio. Entraron en el jardín y desmontaron. Oriana, que no podía dormir, les sintió llegar,

y despertó a Mabilia. Encendieron candelas y abrieron la ventana. Amadís, desde fuera, vió a su señora a la luz de las candelas, y le pareció más hermosa que nunca. Ella vestía un rico traje de seda de India, bordado de flores de oro, muchas y espesas. Llevaba los cabellos destrenzados y adornados simplemente con una rica guirnalda de perlas. Amadís tembló de amor.



—Mi señor, sed bienvenido a esta tierra —díjole Oriana desde la ventana con suave voz—. Mucho os hemos deseado. Y mucho placer hemos tenido por vuestras hazañas y por el conocimiento de vuestros padres. Y no quiero que seais cuitado de amor, Amadís, porque yo os amo con todo mi corazón.

— Gracias, mi señora, gracias. Haré cuanto me ordenéis.

—Mi señor, yo os digo que quedéis con mi padre si él os lo rogare.

—Mi señora Oriana, vuestro soy.

—Ahora, idos y haced como os he dicho.

Amadís, a través de la reja, le besó las manos incontables veces.

Partió al fin. Y durmió sobre la hierba hasta la sa-

lida del sol. Al día siguiente, el Doncel se dió a conocer al rey Lisuarte y a los grandes de su corte. Fué de todos muy bien recibido y agasajado. El monarca, según lo esperaba Oriana, le rogó que se quedase con ellos. Y aún la reina insistió para mejor convencerle, diciéndole a Oriana, la cual no se atrevía siquiera a mirar a Amadís:

—Si antes os sirvió de doncel, ahora os servirá de caballero. Quedaos aquí —dijo por último, dirigiéndose a Amadís.

Y el Doncel se quedó. Era muy feliz viviendo cerca de Oriana. Todo el mundo, por otra parte, le agasajaba y le bien miraba. Y estando en eta holganza, una doncella vino a traerle nuevas de su hermano Galaor: sus grandes éxitos en las aventuras, las peripecias de éstas, etc. Amadís no pudo contener, de emoción, su llanto. Oriana, al verle de esta guisa, se enfadó, embargada por los celos. Mas cuando supo de qué se trataba, pronto disipó su enojo.

—Perdonadme, mi señor. Y muy feliz sería si ese caballero, vuestro hermano, aquí viniera.

La reina le rogó que le trajese para ser caballero del rey. Amadís aceptó con mucha alegría aquel ofrecimiento y partió, sólo con Gandalín, en busca de su hermano y de alguna posible aventura para ganar honra y fama. ¡Y bien cumplidas las halló! Su espada venció a muchos malandrines y malos caballeros, y también a Angriote, que guardaba el paso de un valle para proclamar la hermosura de su dama. Angriote era un gran luchador de espada.

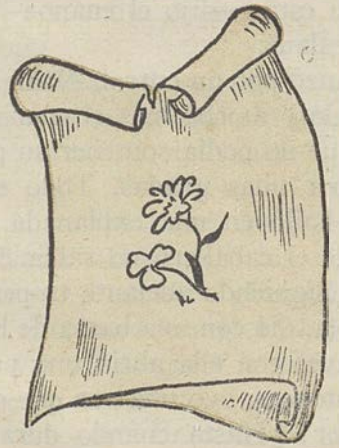
Cuando Amadís cayó al suelo desde su caballo y se disponía a luchar con aquélla, le dijo:

—Caballero, yo os tengo por buen mancebo. Ruegoos que antes que más mal recibáis, proclaméis a mi señora más hermosa que la vuestra.

—Callad —díjole Amadís—. Tal mentira nunca será pronunciada por mi boca.

Y se acometieron de tal manera que daba espanto verles. Por veinte sitios le manaba la sangre a Angriote. Viéndole así, el Doncel le pidió que se diera por preso si no quería perecer. El vencido aceptó su derrota. Y así quedó proclamada una vez más la hermosura de Oriana.

Amadís ordenó a Angriote que fuese al palacio del rey Lisuarte, y él se puso en camino.



XIII.-El mago Arcalaus

UN enano le servía, en esta ocasión, de guía. Gandalín iba con ellos. Llegaron al castillo de Valderín; entraron en él y les pareció deshabitado.

—No, no lo está —dijo el enano—. Aquí mora el encantador Arcalaus.

Amadís avanzó por un corral. Nadie aparecía. Gandalín tenía miedo y mucho más el enano. Este se marchó al fin, porque no podía contener su pavor. El Doncel descendió por unas gradas. Todo estaba desierto. De pronto, se halló en una explanada. Y tan oscuro estaba todo, que el caballero no sabía dónde pisaba ni por dónde iba. Siguiendo adelante tropezó con una pared y, palpándola, dió con una barra de hierro de la que colgaba una llave; con ella abrió una puerta que pudo descubrir, y, entonces, oyó una voz que decía:

—¡Ay, señor! ¿Hasta cuándo durará mi cautiverio? ¡Ay, Muerte, cuánto tardas!

Amadís se puso a escuchar, pero nada más oyó. Entró dentro, con el escudo ante el pecho y en la mano la espada desnuda. Pronto se halló en un hermoso palacio, donde había una lámpara alumbrando. Vió en una cámara a seis hombres armados que dormían. Cerca de ellos estaban los escudos y las armas. Amadís se acercó cautelosamente, pero siguió adelante. Y oyó más de cien voces que se lamentaban:

—¡Señor, envíanos la muerte!

Amadís se quedó maravillado y atrozmente sorprendido. Al ruido de las voces despertaron los hombres que dormían. Uno dijo a otro:

—Levántate y toma el látigo y haz callar a esa gente cautiva, que no nos deja dormir.

El interpelado se levantó muy presto; mas al coger el látigo vió a Amadís.

—¿Quién va? —dijo.

—Yo voy —respondió Amadís.

—¿Quién sois?

—Soy un caballero extranjero.

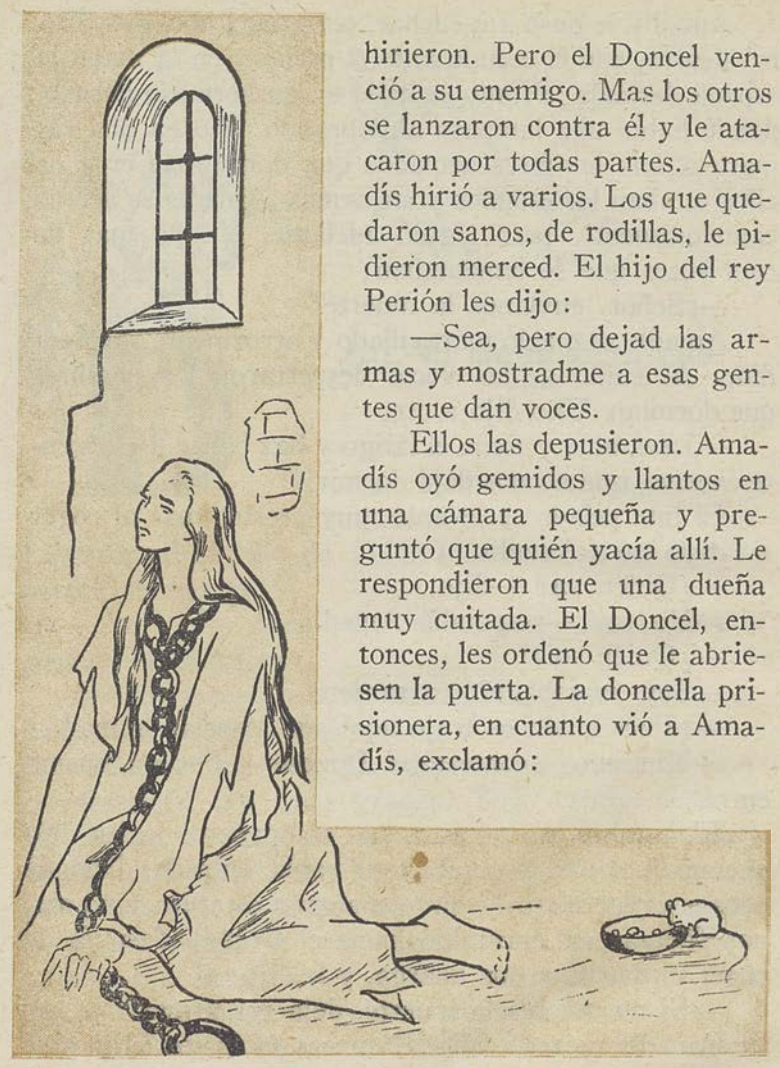
—¿Pues quién os trajo aquí sin licencia alguna?

—Ninguno —contestó el Doncel—. Por mí mismo entré.

El hombre se volvió a sus compañeros y les dijo que un mal andante caballero había entrado. Uno de ellos —el carcelero—, que tenía gran estatura y no menos fuerzas, se encaminó hacia el Doncel, después de coger un hacha y una adarga, y le dijo:

—Si no quieres la muerte, deja tus armas.

Amadís no respondió. Entonces se acometieron y se



hirieron. Pero el Doncel venció a su enemigo. Mas los otros se lanzaron contra él y le atacaron por todas partes. Amadís hirió a varios. Los que quedaron sanos, de rodillas, le pidieron merced. El hijo del rey Perión les dijo:

—Sea, pero dejad las armas y mostradme a esas gentes que dan voces.

Ellos las depusieron. Amadís oyó gemidos y llantos en una cámara pequeña y preguntó que quién yacía allí. Le respondieron que una dueña muy cuitada. El Doncel, entonces, les ordenó que le abriesen la puerta. La doncella prisionera, en cuanto vió a Amadís, exclamó:

—¡Ay, señor, tened piedad de mí! Dadme la muerte y no tantos martirios cual me dais. ¡Oh rey, en mal día fuí yo de vos tan amada que tan caro me cuesta vuestro amor!

Amadís se conmovió de tal manera que las lágrimas acudieron a sus ojos.

Le dijo:

—Dueña, no soy el que pensáis, sino el que os libertará si puede.

—¡Ay, Santa María! ¿Quién sois?

—Soy un caballero extranjero. —Y mandó a uno de los hombres que trajese luces.

Y vió a la desdichada doncella con una gruesa cadena a la garganta, con los vestidos rotos por todas partes y enseñando a través de ellos las carnes. Amadís la miró con piedad infinita. La doncella, al notarlo, le dijo:

—Aunque así me veis, antes fuí rica como hija de rey que soy.

—La fortuna cambia —sentenció el Doncel.

Y le hizo quitar la cadena, y mandó que le trajesen algo con que se pudiese cubrir. El hombre que llevaba las candelas le trajo un manto escarlata. Amadís la cubrió con él, y tomándola de la mano la sacó fuera de la celda, diciéndole que no temiese volver allí, salvo que él fuese muerto. Mas en ese instante entró un hombre que, dirigiéndose al de las candelas, le preguntó:

—Me manda preguntar Arcalaus si el caballero que aquí entró está muerto o preso.

El interrogado no respondió. Y tuvo tan gran miedo que las candelas se cayeron de las manos. Amadís las tomó y le dijo:

—No tengas miedo, ribaldo. ¿Qué temes yendo conmigo? Ve adelante.

Subieron por la gradería hasta salir al corral. La luna era muy clara. Mediaba la noche. Cuando la doncella vió el cielo estrellado y sintió el aire, exclamó:

—¡Ay, buen caballero, Dios os guarde!

Amadís seguía llevándola de la mano. Llegó hasta donde dejara a Gandalín, pero no le halló y temió por él. Oyó voces y encontró al enano colgado por las piernas de una viga y debajo de él una hoguera en que ardían cosas malolientes. Y vió a Gandalín atado a un poste. Amadís socorrió a ambos. Luego corrió hacia la puerta del castillo, pero..., ¡la puerta estaba cerrada! Se sentaron en un poyo y, filosóficamente, se dispusieron a esperar el día. Amadís preguntó a la doncella:

—¿Quién es el rey que os ama?

—Arcalaus, siendo muy grande enemigo del rey que me ama y amo y no pudiendo vengarse en él se vengó en mí, creyendo que éste era el mayor mal que le causaba. Se apoderó de mí por arte de encantamiento: un aire oscuro... Nadie podía verme... Y me encerró allí donde me hallásteis, en perpetuas tinieblas.

—¿Quién es el rey que os ama? —insistió de nuevo Amadís.

—Arbán de Norgales.

—¡Ah! Es un buen caballero que yo mucho estimo.

Y hablando estas cosas llegó el alba. El Doncel vió en una ventana a un hombre que le preguntaba si era él quien había matado a su carcelero y a sus guardas. Amadís dijo:

—¿Vos sois, pues, quien injustamente matáis caballeros, prendéis dueñas y doncellas? Cierto es que os tengo por el caballero más desleal y perverso del mundo, por tener más crueldad que bondad.

—Aún no sabéis, caballero, toda mi crueldad. Antes de mucho la veréis.

Y, retirándose de la ventana, apareció en el corral. Era casi un gigante.

Amadís, contemplándole, le dijo:

—Podíais ser un caballero muy señalado si vuestras malas obras no lo estorbasen.

—¡En mala hora venís a reprenderme! —Y arremetió a Amadís con lanza baja. Le rompió el escudo.

Se lanzaron, entonces, uno contra otro. De la violencia del choque ambos jinetes cayeron a tierra. Mas se acometieron con las espadas en grande y cruel batalla.

—¿A quién voy a dar la muerte? —preguntó el mago.

—Mi muerte está en la voluntad de Dios solamente. La tuya, en la del diablo. Soy Amadís de Gaula, caballero de la reina Brisena.

Y se atacaron con más brío.

Pronto, Arcalaus, viéndose en trance de muerte, huyó hacia el interior del palacio. Amadís fué en pos de él. El mago se acogió a una cámara.

A la puerta de ella estaba una mujer que miraba cómo se combatían.

Arcalaus cogió una espada y atacó a Amadís. Pero, entonces, algo extraño le ocurrió al mancebo, porque empezó a inmovilizarse hasta perder el sentido.

El mago le desarmó y dijo a la dueña:

—Que nadie mueva a este caballero hasta que el alma se le salga del cuerpo.

Y salió al corral.

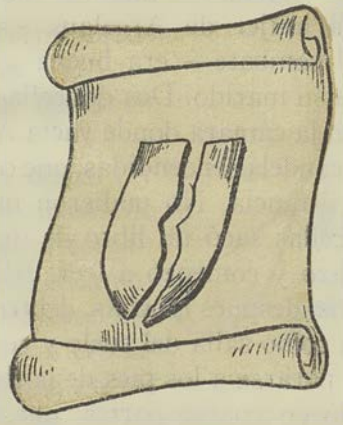
Gandalín, la dueña y los hombres que allí estaban creyeron que había dado muerte al Doncel.

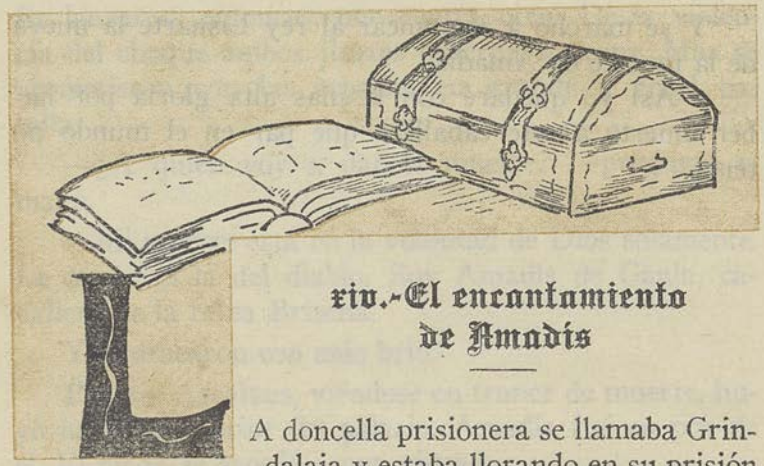
Gandalín y la dueña lloraban sin consuelo.

El mago volvió a meter en prisión a la doncella, y también a Gandalín y al enano.

Y se marchó a comunicar al rey Lisuarte la nueva de la muerte de Amadís.

—Así yo quedaré con la más alta gloria por haber muerto a este caballero que par en el mundo no tenía.





XIV.-El encantamiento de Amadís

LA doncella prisionera se llamaba Grindalaia y estaba llorando en su prisión por Amadís. La mujer de Arcalaus —aquella dueña que presenció el combate— era buena y sufría mucho por la maldad de su marido. Dos doncellas, por mandato suyo, entraron en la cámara donde yacía Amadís, llevando en las manos candelas encendidas, que colocaron a ambos lados de la estancia. No pudieron moverle de allí. Una de las doncellas sacó un libro de una arqueta que traía bajo el brazo y comenzó a leer. Algunas veces le respondía una voz, después muchas, dentro de la cámara. Entonces vieron cómo salía del suelo y rodaba por él un libro que vino a pararse a los pies de la doncella. Ella lo tomó y lo partió en cuatro partes, que fué a quemar en las candelas. volvió luego junto a Amadís y, tomándolo por la diestra, le dijo:

—Señor, levántate.

Amadís se levantó y exclamó:

—Santa María, ¿qué fué aquello que por poco fuera muerto?

—Tal hombre como vos no debía morir —exclamaron las doncellas.

Y ambas se fueron por donde habían venido, sin añadir palabra. Amadís preguntó por Arcalaus. Grindalaia le contó cómo fué encantado y todo lo que el mago dijera antes de partir. El Doncel añadió:

—Yo bien sentí cuando me desarmó. Pero todo me parecía como en sueños.

Y fué a la cámara y armóse con las armas de Arcalaus. Bajó al corral. Los hombres del encantador, al verle, huyeron como alma que lleva el diablo. Amadís entró en las prisiones y libertó a Gandalín, al enano y a todos los prisioneros que allí habían. Todos exclamaban:

—¡Caballero bienaventurado, Dios os premie!

Salieron al corral. Los ex cautivos, viendo el sol y el cielo, cayeron de rodillas dando gracias a la Providencia. El Doncel los miraba y se adolecía de verlos tan

maltrechos, que más parecían muertos que vivos. Uno de ellos, dirigiéndose hacia Amadís, le preguntó:

—Señor caballero, ¿quién diremos que nos libertó de esta prisión?

—Amadís de Gaula, hijo del rey Perión —respondió sencillamente Amadís.

—Haremos cuanto nos mandáreis hacer —dijeron todos a una voz.

—Lo que a cada uno agrade y de más provecho sea.

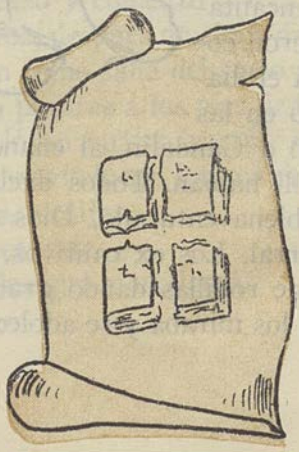
Y con esto cada prisionero se fué a su menester y hacienda. Y Amadís dijo a la mujer de Arcalus:

—Sólo por vos, dueña, dejo de quemar este castillo.

Mas la mujer le respondió llorando:

—Dios es testigo, señor caballero, del dolor y pesar que siento de la crueldad de Arcalaus, mi esposo.

Y partieron de aquel aciago palacio del encantador. Amadís condujo a la doncella Grindalaia al suyo, donde le honraron espléndidamente. Luego prosiguió su camino con Gandalín para ir en busca de Galaor.



xv.-Arcalaus comunica la muerte de Amadís de Gaula

EL amanecer llegó Arcalaus al palacio del rey Lisuarte. Cuando los soldados le vieron, al punto reconocieron el caballo y las armas de Amadís. Y creyeron que era él quien regresaba. El mismo rey en persona, lleno de júbilo, salió a su encuentro. Cuando vieron que el rostro de aquel caballero no era el de Amadís, se demudaron. El mago dijo al rey:

—Vengo a contaros cómo maté al caballero Amadís de Gaula. Mi nombre es Arcalaus.

—¡Santa María! —exclamó el rey—. Muerto es el mejor caballero del mundo. ¡Ay, Señor! ¿Por qué os plujo tal desventura?

Y comenzó a llorar. Y todos sus súbditos le acompañaron en el llanto. Arcalaus se marchó prestamente por donde viniera, temiendo sin duda justas represalias.

Las nuevas llegaron a todas partes: hasta la reina y sus dueñas. Y lloraban desconsoladamente. Oria-

na, que estaba en su cámara, mandó preguntar por su doncella qué significaba aquel gran llanto. La doncella volvió hacia su señora, hiriéndose de dolor la cara con ambas manos.

—¡Ay, señora! ¡El caballero Amadís es muerto!

Oriana cayó en tierra, desmayada y como muerta. Mabilia vino en su socorro. Al fin, después de grandes esfuerzos, la hizo volver en sí. Pero Oriana sollozaba y decía:

—¡Ay flor y espejo de toda la Caballería! ¡Ay, gran caudillo y capitán, as en las armas como en las otras virtudes...! ¡Ay, mi amor...!

Y se quedó amortecida nuevamente. Sus hermosos cabellos estaban revueltos; las manos, apretando el corazón...

Mabilia llevó a Oriana a su lecho. Un gran suspiro exhaló la cuitada. Y, abriendo sus ojos, los dirigió a la ventana a través de la cual hablara con Amadís, exclamó:

—¡Ay ventana! ¡Qué dolor es para mí el recuerdo de aquel hermoso diálogo! ¡Ay, mi amigo, flor de los caballeros! ¡Ay mi gozo y mi alegría!

Y lloraba, y lloraba. Y hubo gran luto en la corte y fúnebres ceremonias.

* * *

Pero al día siguiente apareció Grindalaia ante la corte del rey. Y contó todo lo ocurrido.

—¡Amadís está vivo!

—¿Pero... si Arcalaus vino a decirnos que lo había matado...?

La doncella afirmó, con lujo de detalles, el desencantamiento del Doncel.

La alegría fué entonces general. Grindalaia contó lo mismo cien veces ante la reina y sus dueñas y doncellas, y, principalmente a Oriana, que yacía en su cámara. Y todas ellas le hicieron mucha honra. Alegres estaban los corazones. ¡Y el de Oriana, sobre todos! No se cansaba ésta de pedir detalles a Grindalaia de la aventura de su amado...

La gentil princesa se despidió al fin de la corte y se fué en busca de su amado, el rey Arbán de Norgales..., que también venía a su encuentro, sabiendo que la elegida de su corazón ya estaba libre. Y el júbilo que ambos tuvieron es largo de contar...

Y toda la corte del rey Lisuarte se dispuso a esperar a Amadís...

XVI.-Regreso de Amadís en compañía de Galaor

ENTRE tanto, Galaor tenía sus aventuras, que no narramos por no prolongar demasiado esta historia. Bástenos saber que de todas ellas salió triunfante.

Amadís, a su vez, seguía las suyas por los caminos.

Hasta que un día se encontraron ambos hermanos en una encrucijada. Ambos iban heridos: los lances caballerescos traían sus consecuencias. Deshacer entuertos y remediar desdichas costaba siempre verter sangre y derrochar valor.

En el palacio del rey Lisuarte fueron recibidos con espléndidos honores y general regocijo. Ningún otro caballero fuera nunca mejor honrado. El rey, la reina, toda la corte, agasajó brillantemente a los dos hermanos, como sólo ellos lo merecían. Galaor ya era muy conocido en todo el reino por la fama de sus grandes

hechos. En cuanto a Amadís, a la gente le costaba volver a creerle vivo después de lo que dijera Arcalaus. Un verdadero gentío le seguía por la calle para convencerse del asombroso milagro.

El rey, por sí mismo, desarmó con sus manos a los tres recién llegados: a Amadís, a Galaor y al fiel Gandalín.

Cuando las gentes les vieron desarmados, maldecían a Arcalaus y a los malos caballeros enemigos causantes de aquellas heridas que traían.

Amadís y Galaor visitaron a la reina.

No más vió el Doncel a su señora Oriana se le estremeció el corazón y todo el cuerpo.

Lo mismo le ocurrió a ella.

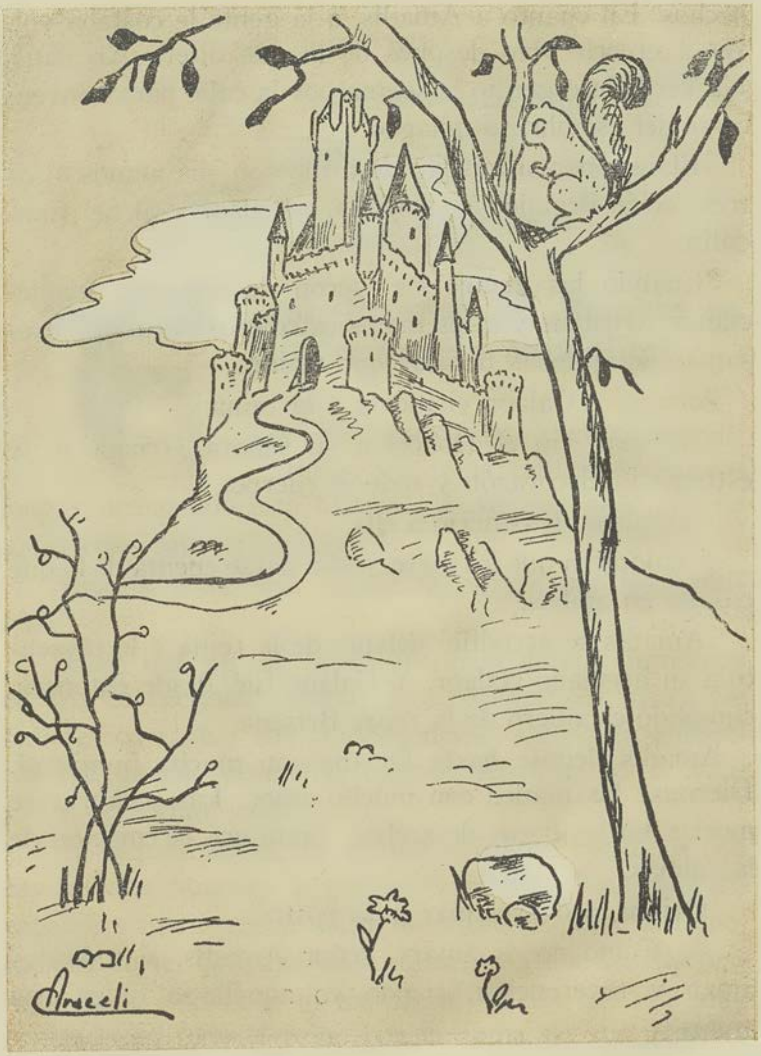
Cualquiera que los viese, podía darse cuenta de lo que pasaba en ambos.

Amadís se arrodilló delante de la reina y le presentó a su hermano Galaor. Y Galaor fué, desde entonces, cumplido caballero de la reina Brisena.

Amadís llegóse hasta Oriana con mucha humildad. Diéronse las manos con mucho amor. Las palabras se morían en las bocas de ambos; tanta era la emoción de las almas.

Oriana osó exclamar a la postre:

—¿Cómo no os amaré, señor Amadís, si todos os aman y reverencian, siendo yo aquélla a quien vos amáis?


Anacli

—No hay para mí mayor felicidad, señora, que serviros y amaros...

Y suspiraron ambos en vez de hablar...

* * *

Y cuenta el viejo libro de 1508 que después de infinitas aventuras y percances con malos caballeros, gigantes y endriagos, y requerimientos de amor por parte de las doncellas liberadas o defendidas por Amadís y después de la constante fidelidad del Doncel, se concertaron sus bodas con Oriana, la bien Amada. Ninguna hermosa princesa le distrajo nunca de su amor. Ni Briolanja, a quien restituyó en su perdido trono, y que se enamoró de su libertador, pudo vencer su fiel castidad. A ningún ofrecimiento cedió Amadís, espejo de caballeros amadores. Solamente Oriana es la elegida: la novia, la esposa eterna.

Los esponsales fueron algo magnífico; las fiestas, nunca vistas hasta entonces. El rey Perión y la reina Elisena vinieron a presenciarlos. Y todos los favorecidos por Amadís y su hermano Galaor, que también se casaba en aquel mismo día privilegiado con Briolanja, la princesa que no pudo amar el fiel Doncel.

Y se cuenta que también vino Urganda la Desconocida para ofrecer al Doncel un don espléndido.

Por último, sabemos que le nació un hijo: Esplandián. Y que siempre siguió el ejemplo de su padre, siendo también flor y ornato de la Caballería Andante.

Perión engendró a Amadís. Amadís engendró a Es-

plandián. De un caballero nace otro caballero. El linaje se afirma en sus virtudes y perdura a través de los siglos. Hasta la eternidad.

En el cielo está Amadís,
el leal enamorado...

Indice

		Páginas
Capítulo	i.—La Caballería Andante	9
—	ii.—Aquí comienza la historia. Elisena y el rey Perión	20
—	iii.—Nacimiento de Amadís	31
—	iv.—En el mar	35
—	v.—El sueño del rey Perión	38
—	vi.—El Doncel del Mar	42
—	vii.—El Doncel del Mar y Gandalines se van con el rey Languines	48
—	viii.—Oriana	51
—	ix.—La espada, el anillo y la carta	54
—	x.—Urganda la Desconocida regala una lanza al Doncel del mar	60
—	xi.—El Doncel es reconocido como hijo por el rey Perión	66
—	xii.—El Doncel habla con Oriana a través de una ventana	71
—	xiii.—El mago Arcalaus	76
—	xiv.—El encantamiento de Amadís	84
—	xv.—Arcalaus comunica la muerte de Amadís de Gaula	87
—	xvi.—Regreso de Amadís en compañía de Galaor	90

LECTURAS JUVENILES

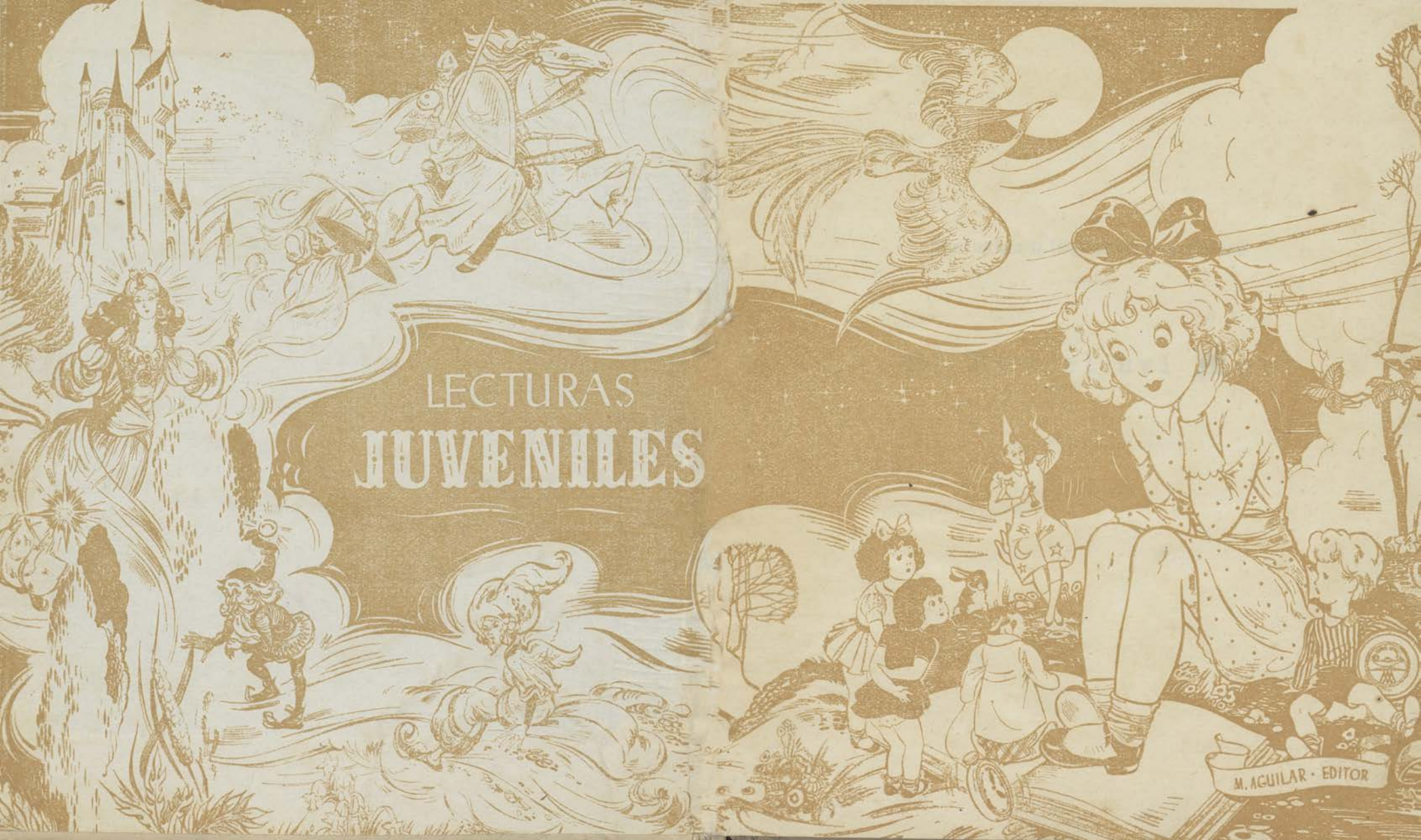
Celia: Lo que dice.
Celia, en el Colegio.
Celia, novelista.
Celia, en el mundo.
Celia y sus amigos.
Celia, madrecita.
Cuchifritín, el hermano de Celia.
Cuchifritín y Paquito.
Cuchifritín, en casa de su abuelo.
Cuchifritín y sus primos.
Matonkikí y sus hermanas.
Las travesuras de Matonkikí.
Clarito y sus hermanas.
El Bazar de todas las cosas.
Poesía infantil recitable.
Teatro para niños.
Mi libro rosa de cuentos.
Mi libro azul de cuentos.
Cuentos para ti y para mí.

HISTORIAS Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

Los siete Infantes de Lara.
Abindarráez y Jarifa.
El Doncel del Mar.
Reina después de muerta (Doña Inés de Castro).
El Caballero de Olmedo.
Doña Juana la Loca.

HISTORIAS Y LEYENDAS DE ULTRAMAR

El Anahuac conquistado (Cortés y Vasco de Quiroga).
Don Pedro del Valdivia y el Purén indómito.
El Inca Garcilaso.
La helada y salvaje Patagonia.


LECTURAS
JUVENILES
M. AGUILAR · EDITOR